



Los mundos que habitamos

Historias de mujeres y diversidades

LIBROS Y CASAS



Este libro pertenece a:

Los mundos que habitamos

Historias de mujeres y diversidades

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación
Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros
Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación
Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación
Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación
Lic. Jaime Perczyk



LIBROS Y CASAS

Los mundos que habitamos

Historias de mujeres y diversidades

Coordinación editorial
Revista Anfibia – Programa Libros y Casas

Edición
María Mansilla y equipo de Revista Anfibia, Débora Ruiz

Asistencia editorial
Bárbara Talazac

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Rodríguez y Javier Bernardo

Imagen de tapa
Emiliana Miguez

Gestión de derechos de autor
Equipo de Revista Anfibia

El programa Libros y Casas está integrado por Bárbara Talazac,
Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella, Cecilia Ferreiroa,
Juan Fossati y Pilar Amoia

Los mundos que habitamos : historias de mujeres y diversidades / Erika Halvorsen... [et al.] ; coordinación general de María Mansilla ; Débora Ruiz ; editado por María Mansilla ; Débora Ruiz. – 2a ed revisada. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2021. 152 p. ; 23 x 20 cm. – (Libros y Casas)

ISBN 978-987-8915-25-8

1. Crónicas. 2. Mujeres. 3. Diversidad Sexual. I. Halvorsen, Erika. II. Mansilla, María, coord. III. Ruiz, Débora, coord.
CDD 305.409

Programa Libros y Casas

El programa **Libros y Casas** te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicos, poesías, libros ilustrados, una guía sobre los derechos de las mujeres y diversidades, y clásicos de la literatura argentina y universal, entre otros. La selección fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de enigma, poemas de diferentes épocas y un libro de mitos y leyendas de pueblos originarios. Esta colección está dirigida tanto a las familias beneficiarias de los Planes Federales de Vivienda, como a lxs participantes y agentes de las actividades formativas que se brindan en espacios comunitarios: bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Desde 2007, Libros y Casas ha brindado más de mil talleres de lectura, facilitado más de cien mil bibliotecas y entregado un millón ochocientos mil libros a lo largo de todo el país. La lectura nos hace más

libres, nos ayuda a expandir el pensamiento crítico y propio, y a construir nuestra ciudadanía. Además estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y nos prepara para usar nuevas tecnologías. Esperamos que esta biblioteca habilite momentos (por más breves que sean) de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

Por todo esto, te invitamos a conocer y transitar estos libros, a que los compartas con tus familiares, amigxs y vecinxs, a que los llesves con vos y te acompañen a donde vayas.

10 motivos para tener libros en casa

- Porque intercambiar opiniones sobre lecturas y hablar de libros es un espacio ganado al vacío.
- Porque la lectura es una llave para formar un punto de vista propio, un lugar de singularidad y resistencia.
- Porque en una biblioteca podemos encontrar respuestas a algo que nos pasa, conocer otras voces, otras realidades y ampliar nuestra sensibilidad.

Programa Libros y Casas

- Porque leer no es un lujo. Participar de la cultura es un derecho y también lo es poder generar espacios para la lectura.

- Porque leer nos interpela a pensar, sentir, experimentar e imaginar.

- Porque cada texto hace eco en lugares que desconocemos de nuestra historia, que se puede enriquecer en el encuentro con creaciones literarias de otrxs.

- Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades para interactuar con el mundo.

- Para habilitar lecturas en soledad y también colectivas, junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.

- Para apropiarnos de los libros, recorrerlos con libertad, a nuestro tiempo, modo y antojo.

- En definitiva, porque leer implica reconocer que algo nos falta y eso se parece mucho al deseo. La lectura pone en movimiento nuestros deseos y, por extensión, a la vida.

Índice

11. **Introducción** / Equipo de *Anfibia*
14. **La reina del carbón** / Erika Halvorsen
Carla Rodríguez rompió el hechizo de la patrona de los mineros: es la primera mujer en entrar a la mina de Río Turbio (Santa Cruz). Su pequeña victoria cambió la historia del acceso laboral trans y los sueños de las adolescentes del pueblo.
24. **¿Alguna vez encontraré a mi mamá?** /
Ángeles Alemandi
La búsqueda empieza en soledad, luego se hace colectiva y llega a la justicia. Esta investigación, ganadora del Concurso Crónica Patagónica, cuenta por lo que pasan las víctimas del robo de bebés para recontactar a sus familias biológicas.
56. **No sé cómo seré en el futuro** /
Miriam Maidana
¿Cómo se vive la transición de la identidad de género en casa? Para les adolescentes el cambio es natural, siempre y cuando tengan algún contacto con la Ley de Educación Sexual Integral. ¿Y para las madres?
76. **Rapeá con Cazzu** / Mariano Del Águila
La carrera de Cazzu empezó a los 10 años. Primero fue el folklore, en Jujuy. Luego, al mudarse a Buenos Aires se convirtió en una estrella mundial, favorita en YouTube y referente de muchas jóvenes raperas.

-
- 88. La ley de la calle / Dolores Reyes**
¿Cómo? ¿Una mujer madre de siete hijos apoya el aborto legal? “La pelea es también por sus vidas”, dice la autora de este ensayo, que es escritora y maestra. El feminismo es de las pocas experiencias que la dejan sin palabras.
- 96. El parto es un hecho político /**
Leila Mesyngier
Cuando nos convertimos en madres, muchas veces el sistema de salud abusa de su poder con intervenciones que no son necesarias. Violencia obstétrica: testimonios que demuestran que es urgente el acceso al parto respetado.
- 112. El día que la vimos muerta /**
Florencia Alcaraz
Rojas (Buenos Aires), entierro de Úrsula Bahillo, víctima de femicidio. El dolor de la familia, la bronca de las amigas, el cruce entre la violencia de género y la policial y por qué todo lo que podía fallar por una vida libre de violencias, falló.
- 128. Por pobre, lesbiana y masculina: justicia para Higuí / Luciana Sanchez**
Mientras se defendía de un intento de violación, uno de sus agresores terminó muerto. La justicia acusó a Higuí de homicidio: cuántos prejuicios expone su causa, abrazada por lesbianas y feministas de todo el país.
- 141. Autorxs**

Introducción

Si supieran todo lo que planeamos la selección de historias para el libro que tienen en sus manos, estarían sonriendo. O escapando hacia un rincón tranquilo donde leer sin interrupciones. O imaginando los debates que tuvimos entre las editoras del Ministerio de Cultura de la Nación y las periodistas de Revista Anfibia: “que haya casos de todo el país”, “que muestren que podemos salir adelante”, “evitemos los lenguajes rebuscados”, “¡cupo para las disidencias!”.

Desde el 2015, cuando en Argentina se gestó el Ni Una Menos que luego contagiamos a todo el mundo, vivimos esta dulce condena. Muchas nos convertimos en la “feminista aguafiestas”, como diría la escritora inglesa Sara Ahmed. Es que habitamos el feminismo, ese lugar incómodo que nos despierta a entender la vida cotidiana de una manera nueva, rotunda, casi como si no hubiera vuelta atrás. Vemos con otros ojos lo que

pasa en casa, en el trabajo, en la crianza, con los afectos, en la intimidad, hasta cuando nos probamos un jean y nos enojamos con nuestras curvas.

Todo eso esperamos que se refleje en las historias que con tanto cuidado elegimos para este libro: la de Carla Rodríguez, primera mujer trans en una mina de la Patagonia; la de Cazzu, la piba de Jujuy que hace trap y se come al mundo; la de las mujeres madres que piden el derecho al parto respetado, la de muchxs hijxs que fueron víctimas del robo de bebés y buscan a sus familias biológicas además de justicia, la de las que defendieron el derecho al aborto. En otro relato contamos cómo vive un grupo de madres la transición de género de sus hijxs. También están presentes los casos de Úrsula Bahillo, víctima de femicidio, y de Higuí, acusada de homicidio por defenderse en un intento de violación.

En esta transformación social y cultural, nos toca poner el cuerpo incluso más allá de lo posible. Pero nos mueve el deseo. La potencia del feminismo está en los espacios que ocupamos y en el hilo rojo que nos permite sentirnos cerca a pesar de habitar distintas generaciones, barrios y experiencias.

Equipo de *Anfibia*

En Río Turbio hay un mito que prohíbe a las mujeres entrar a la mina. Las niñas y adolescentes se preparaban sólo para ser reinas durante la fiesta del pueblo. Pero el carbón no anda pidiendo credenciales ni inspecciona genitales. Por eso Carla Antonella Rodríguez rompió el hechizo y se convirtió en la primera minera. Erika Halvorsen, criada en esta localidad de Santa Cruz, cuenta esta pequeña victoria de una trans que iluminó la mina.

La reina del carbón

Erika Halvorsen (escritora y guionista)

Fecha de publicación: 4 de diciembre de 2019

En el Río Turbio de mi infancia ninguna soñaba con ser minera, ni jefa de la empresa. Podíamos llegar a soñar con la corona de la reina del carbón, el cetro y el bolsón de regalos con moños enormes: algunas órdenes de compra en las tiendas locales, una cena en el restaurante del pueblo, algún electrodoméstico, una noche en el mejor hotel de la zona. Si el atributo de la belleza no te alcanzaba para el premio mayor, podías apostar a la gracia, sonreír mucho y llevarte el título de Miss Simpatía. La corona era un poco más discreta y el bolsón de regalos bastante más modesto, pero algo es algo.

Hace ocho años una hendidura de la madre tierra permitió el comienzo de un temblor que puso en crisis toda la estructura, no la de la mina carbonífera, sino del patriarcado. Carla Rodríguez se convirtió en la

primera mujer trans que se presentó para un puesto en la mina y lo consiguió.

Jamás soñamos con eso un 4 de diciembre, el día de la patrona de los mineros. En el recuerdo de mi infancia el pueblo se despertaba de un sobresalto: el sonido de las bombas de estruendo. Los mineros iniciaban su procesión con la virgen de Santa Bárbara y las mujeres teníamos permitido ingresar en el interior de la mina de carbón.

Ese único día estábamos protegidas bajo el manto de la virgen y no éramos capaces de provocar un derrumbe. Gracias a la patrona de los mineros la tierra no temblaba ante nuestra presencia.

Ese día Río Turbio estaba de fiesta y celebraba con un asado comunitario, un picnic popular donde los jefes de la empresa se mezclaban con los obreros del carbón. El olor a humo y a asado embriagaban al pueblo que desde temprano comenzaba su caminata hacia el bosque de lengas.

Durante todo el año pensábamos qué nos íbamos a poner para la gran noche de gala: baile y elección de la reina. Las peluqueras no daban abasto, el gimnasio municipal se llenaba de lentejuelas y de olor a ese spray que sujetaba el brushing de las señoras. Perfumes que

nunca olíamos durante el año. Todo el brillo junto en una sola noche. El patio del club deportivo se montaba por completo. Letras de papel plateado, guirnaldas, los aros de básquet forrados de dorado como si fueran bijouterie. El simulacro tenía algo de hechizo, de carnaval, de fiesta drag. El pueblo se permitía cierto desborde aunque sea esa noche. Las chicas más lindas competían por el trono. Como las calles del pueblo eran de ripio y las veredas de barro nunca usábamos tacos altos, y eso complicaba el desfile. Las chicas practicaban varias semanas para no hacer papelones en la pasarela improvisada entre flores de papel crepe y lucecitas de colores. Esa noche se maquillaban como nunca. La que era lacia, aparecía con rulos; la de rulos, se sometía a la planchita. Desfilaban en traje de baño, blancas, con la piel de gallina por el frío, bracito en jarra y purpurina.

Ser la Reina del Carbón no era un detalle. Las adolescentes desfilaban nerviosas pero ilusionadas: los regalos para la reina siempre eran el motín más deseado. Cuentan que una vez la soberana ganó un viaje a Japón. Fue Mónica, mi maestra de segundo grado. Quedó en la historia como la “reina que se fue a Japón”. Mónica tenía dieciséis o diecisiete años y se llevó el premio

mayor: viajó desde Río Gallegos a Japón en el barco carbonero que cruzaba el océano llevando la explotación minera de nuestro yacimiento. Ese fue el mayor lujo al que pudo aspirar una de nuestras reinas.

Esa noche las mujeres del pueblo éramos protagonistas, pero al otro día se terminaba el hechizo y volvíamos a ser lo que éramos: una amenaza de derrumbe. La superstición dice que la madre tierra se pone furiosa de los celos si una mujer entra en la mina, y el estallido de la tierra siempre es fatal. El mito popular fue construido sobre los cimientos de la figura de la tercera en discordia. La mina es una mujer que se abre para recibir a los varones: ellos la excavan, la perforan y la saquean. Pero si otra mujer aparece en escena podría provocar el peor desenlace. Sin leyes laborales que avalen la teoría, esta restricción se mantuvo como un blindaje. Las mujeres jamás pudimos postularnos para puestos de trabajo en el interior de la mina, esos puestos siempre fueron los más codiciados ya que el salario es mayor que el de las tareas de superficie.

Hasta que llegó Carla Rodríguez.

Tenía veinte años cuando se presentó a una convocatoria para trabajos en la empresa YCRT (Yacimientos Carboníferos de Río Turbio). Ella ya había hecho su

transición. Carlita ya había pasado por muchas de las batallas que pasa una infancia trans y una adolescencia trans, sobre todo en un pueblo del interior donde estos casos no pasan desapercibidos. Dejó el colegio cuando ya no pudo soportar más violencia y en su cuerpo ya no cabían las heridas. La echaron de su hogar una y otra vez. Limpió casas, trabajó en una peluquería. Entrar en la empresa podía ser el pasaporte hacia una mejor calidad de vida, o mejor dicho, la oportunidad que le salvaría la vida. Porque si hay algo que puede cambiarle el destino a una mujer trans es tener un trabajo en blanco, cargas sociales y jubilación.

Carlita llevaba el DNI con nombre masculino cuando se presentó en la empresa. Ató su pelo largo y negro en un rodete, se puso una bombacha de campo y fue a cara lavada. Así se sumó a la fila de aspirantes, todos varones. Un empleado de la empresa empezó a separarlos en dos categorías: interior y superficie. Y a Carlita le tocó interior. Como una falla en la matrix o como el acto más grande de justicia poética. Carlita fue seleccionada para capacitarse y conseguir un puesto en el interior de la mina. Y allí fue, con su deseo, su fortaleza, su piel curtida y sus estrategias para esquivar ataques y burlas. Claudia Rodríguez, la poeta chilena, dice que ser travesti es

ser valiente. Carlita se puso el casco de minera y cargó con su arma más letal: la memoria. Esa memoria de la intimidad secreta de los varones que las travestis atesoran. Siempre obligadas a callar, a hacerse invisibles de día, pero a estar dispuestas a todo por las noches.

—Si yo hablo te arruino la familia a vos, a vos y a vos también —les dijo Carlita a sus compañeros.

Ese pacto de silencio fue su escudo frente a los primeros adversarios. Poco a poco los compañeros la integraron, la ayudaron, le enseñaron los trucos del trabajo y hasta la cuidaron. Carlita se convirtió en la mujer infiltrada, la mujer que demostraba cada día, o cada noche —porque bajo tierra siempre es de noche— que ese trabajo le pertenecía. La oscuridad de la caverna de pronto se llenaba de luz. Para Carlita cada jornada de trabajo era un abrazo y una revolución.

Carlita aprendió el oficio, se enamoró de esta nueva forma de la noche. Como una superheroína se enfundaba en su mameluco, se abrochaba las protecciones, se calzaba el casco y encendía su linterna. Pero la victoria no era completa: Carlita firmaba un recibo de sueldo bajo un nombre que no la representaba. En los papeles Carlita era varón y ella se había resignado a convivir con esa burocracia absurda. Carlita temía que

ejercer su derecho a la identidad de género le costara su trabajo. Tuvo compañeros como Diego Sebastián Velarde y Regina Inojosa que la ayudaron y la asesoraron. Carlita entendió que luchar por tener su nombre en su DNI era un gesto político y necesario. Ella tenía la misión de hacer de su logro una victoria compartida. Y así Carlita logró estampar su nombre completo en sus documentos: Carla Antonella Rodríguez. Pero con su identidad femenina llegó el traslado a superficie.

—Si sos mujer no podés hacer este trabajo.

Después de años de ejercicio le asignaron el trabajo administrativo pero no podían cambiar su categoría, su carga horaria, ni su salario. El castigo por llevar nombre femenino era someterla a las tareas de oficina, vestirse de secretaria, ordenar papeles, poner sellos. Carlita estaba triste. Ella amaba su trabajo en la cueva, era una heroína subterránea.

Sus compañeros la extrañaban y se organizaron para pedir que volviera. Ellos eran testigos de su potencia, de su capacidad. Carlita era buena trabajando, y el carbón no anda pidiendo credenciales ni inspección genitales.

Después de meses de lucha, Carlita recuperó su puesto. Ningún gerente quería hacerse responsable de

semejante acto discriminatorio. No había hombre dispuesto a imprimir su firma en un memorándum que dejara sin trabajo a esta mujer. En ningún lado dice que las mujeres tienen prohibido el acceso a los trabajos en interior de mina, y como lo que no está prohibido está permitido, Carlita volvió con la luz de su casco más luminosa que nunca.

Hoy lleva ocho años como minera, la primera de Río Turbio. Carlita entró sin necesitar el manto protector de la virgen de Santa Bárbara. A Carlita la protegen el manto de Lohana Berkins, de Diana Sacayán, de nuestra Marcela Chocobar (asesinada en Río Gallegos y de la que sólo apareció su cráneo y una bota bucanera blanca), de todas las travestis que murieron luchando por el cupo laboral, por la ley de identidad de género, reclamando justicia a gritos frente a cada crimen de odio. Esas deidades poderosas, mariposas invencibles. La memoria trans sudaca puede hacer que la tierra tiemble. Carlita fue la elegida para mezclarse con el barro, el carbón y la piedra. Carlita bajó a las profundidades y, como experta guerrera de la oscuridad, sabe que el carbón no brilla, arde. Así la tierra no se enfureció de celos, detonó el derrumbe más potente: se cargó

de la furia travesti y se desgarró pariendo una nueva vida para todas las mujeres de mi pueblo.

Cuando una leyenda popular se vuelve argumento en contra de nuestra libertad, cuando la superstición nos niega puestos de trabajo, lo mínimo que nos queda es sospechar. A las mujeres ningún derecho se nos dio naturalmente, menos a las travestis. Carlita quebró prejuicios y derribó la valla que prohibía el ingreso. Fue ella la que cambió el brillo de la corona de strass por la lámpara de su casco y reescribió la historia de mi pueblo.

Carlita es la verdadera soberana de mineros y mineras, ella será para siempre nuestra única reina del carbón.



En General Pico, La Pampa, son muchas las personas que hacen lo imposible para conocer su origen: no son hijos e hijas de desaparecidos, pero de bebés un grupo de médicos y parteras los entregaron de manera ilegítima. La búsqueda empieza en soledad y luego se hace colectiva y llega a la justicia. Ángeles Alemandi ató los cabos de este otro lado de la historia sobre el derecho a la identidad.

¿Alguna vez encontraré a mi mamá?

Ángeles Alemadi (cronista)

Fecha de publicación: 10 de enero de 2020

La puerta del consultorio se abrió y apareció en el centro de la escena el doctor Carlos Broggi. Alto, muy alto, el cabello grisáceo, la camisa bien planchada y arremangada, elegante, encantador.

Era la primera vez que Andrea Langhoff lo veía, pero hacía años esperaba este encuentro.

—Andreita, cuánto tiempo, al fin nos podemos ver.

La invitó a pasar. Sobre el escritorio ella puso su partida de nacimiento. Nació el 14 de septiembre de 1976 a las 00.30 en el Centro de Especialidades Médicas de General Pico, hija de un hombre y una mujer que resultaron no ser sus padres. Carlos Broggi había certificado la veracidad de esos hechos.

Él sonrió y apenas revisó el documento. En esa habitación que era como su templo, entre una camilla y una balanza para pesar bebés sobre la que había una

sabanita para detener el frío del acero, la miró a los ojos y le dijo que era imposible su participación en un parto. Él era pediatra.

Andrea sintió que le reventaban las venas de la esperanza. Broggi aseguraba que su conducta era intachable, que cualquier vecino lo confirmaría, que había sido capaz de salir de su casa a las 2 de la mañana para ver a niños que volaban de fiebre, que no preguntaba si le podían pagar la consulta, que a veces regresaba con botellas de whisky que le obsequiaban en forma de pago.

Y mientras hablaba, Andrea le observaba las manos bien cuidadas que jugaban con una caja de cigarrillos Benson & Hedges y pensaba cómo lograría llegar a la verdad. Era un lunes de noviembre de 2004, aún no sabía que no estaba sola.

Al momento de la escritura de esta crónica, en la localidad pampeana de General Pico, al menos 64 personas buscaban su identidad de origen. Son hombres y mujeres que nacieron entre 1964 y 1983. Once de ellos se animaron a denunciar. Según el expediente de la causa que se encuentra en la Justicia Federal, se investigan delitos por sustracción de identidad al “haber inscripto como hijos naturales de determinadas personas a niños que eran hijos biológicos de

otras, en algunos casos, desconociendo las madres biológicas que estaban con vida. Esto fue llevado a cabo por médicos, parteras, enfermeras, con la convivencia de personal de instituciones sanitarias y del Registro Civil”.

La Pampa tiene alrededor de 320 mil habitantes, repartidos en 58 municipios, 21 comisiones de fomento y un ente comunal. Pero el 50% de la población vive en Santa Rosa y General Pico.

Pico está ubicada al norte de la provincia. Le debe el nombre al General que gobernó esta región a fines del siglo XIX. Si bien en los últimos 40 años se ha duplicado en tamaño, conserva ese espíritu pueblerino, la tranquilidad al borde de la desesperación, un enjambre de historias que circulan de boca en boca.

Las calles son anchas y nombradas con números. Una galería de árboles recorre Avenida San Martín, a veces sopla un viento que complica pedalear en la bicicleta y hay murales que dicen: “si el río corre, no puede más que ir río abajo. El Atuel también es pampeano”. Tiene una Universidad Nacional, un aeropuerto y una

Zona Franca; aunque la principal actividad económica sigue siendo la agropecuaria.

Los vecinos todavía sienten orgullo del Rojo que se consagró campeón de la Liga Nacional de Básquet hace dos décadas, y de ingresar en 2011 al Guinness World Record por cocinar el asado más grande del mundo.

Pero nadie se siente a gusto con que la ciudad haya empezado a ser noticia en 2017 por el caso de “robo de bebés”. No sólo era título de medios locales y provinciales, en junio de ese año C5N emitió un informe en el programa ADN Federal donde cubría las historias con videographs que aseguraban: “vendían bebés como si fueran perros”.

Foja cero

El consultorio de Broggi estaba ubicado al lado de la Iglesia. Le contó a Andrea que muchas veces se detuvo a dejarle monedas a un mendigo. Hasta que un día este hombre antes de tomar el dinero le apretó la mano.

—Usted con sus actos de amor ya tiene ganadas las puertas del cielo —le dijo.

Nunca más lo volvió a ver. Entendió que era una señal: estaba haciendo las cosas bien. Y como estaba dispuesto a seguir por ese camino le propuso a Andrea llevarla hasta el Hospital, sospechaba que si a ella la habían entregado, su madre debía ser una mujer humilde sin posibilidad de pagar un parto en el ámbito privado.

Andrea subió al auto del médico. Sintió el engaño, se preguntó qué estaba haciendo, cómo debía jugar ese juego. Se le entumecieron las piernas, algo le oprimía el pecho. De repente ya estaba caminando por los pasillos del hospital. Broggi se movía como si estuviese en su casa. Andrea sentía como pinchazos las miradas sobre ella.

Fueron a la sala de Enfermería. Broggi mandó a llamar a la mujer que estaba encargada del archivo y esta le confirmó lo que Andrea ya había investigado: toda la documentación de los años que ella buscaba se había perdido en una inundación. Broggi aseguró no ser parte del staff del Hospital en el 76. No recordaban nombres de otros profesionales que trabajasen en esa época, excepto uno, que vivía en Buenos Aires. No recordaban.

Efecto mariposa

Andrea Langhoff se crió en la ciudad de Glew. De niña creyó el cuento de que había nacido en Pico de casualidad, justo estaban visitando familiares. A los 5 empezó a intuir la mentira. Su padre de crianza era descendiente de alemanes, su madre de crianza blanquísima, rubia: ella tiene la tez trigueña, el pelo oscuro. Después se dio cuenta de que no había fotos del embarazo.

Una mañana a finales de agosto llegó un primo mayor de visita. Andrea se alegró, pensó que estaba ahí por ella, faltaba poco para su cumpleaños, ya casi tenía 7 años. Después de cenar la mandaron a dormir y cerraron la puerta del living.

En puntas de pie llegó hasta la puerta, se arrodilló. Se atrincheró.

—Dale tío, andá a buscarlo, es un varón, así tenés la parejita.

—No me rompas los quinotos, no quiero otro.

—Pero viste con Andrea... nadie la reclamó.

No sabe cómo volvió a la cama. Pensó que no podía existir algo peor que descubrir de ese modo que era adoptada. Más adelante sabría que era una niña apropiada.

Con el paso de los años registra como flashes el impacto ante La noche de los lápices, las Abuelas de Plaza de Mayo buscando a sus nietos, la vez que se enteró de que algunos de sus primos también eran “adoptados”. Tenía 11 años cuando en una discusión doméstica vio que se venía una paliza y dijo:

—Vos no sos mi madre.

— Pero yo te crié.

A los 14 se fue de la casa, quedó embarazada. Un año después murió el padre. En algún momento por aquellos años la madre de crianza le contó todo lo que sabía a través del relato de otros: la mamá biológica era jovencita, morocha, de pelo largo, muy bonita, vivía en una villa de Pico, y era sana. También le dijo que, cuando la fueron a buscar, el padre de crianza llevaba un sobre con mucha plata.

En 1998 se hizo el test en el Banco Nacional de Datos Genéticos, que dio negativo. Intentó seguir con su vida. Se casó, tuvo más hijos.

Fue su marido, Jorge, el que un día tomó la decisión. La única pista que podían seguir era la de la partida de nacimiento. Consiguió el teléfono del consultorio de Broggi y llamó con una estrategia: fingió que Andrea

necesitaba un trasplante hepático y pedía hablar urgente con el médico porque debían encontrar a la familia biológica.

En 2004 Andrea viajó por primera vez a Pico. Aquella vez no sólo se entrevistó con Broggi, también se contactó con la prensa local para divulgar su caso, empezó a hablar con vecinos, anotó cada dato como si fuese una pista clave, fue a los domicilios que iba apuntado, golpeó puertas, salió de ahí con otras referencias. En el Registro Civil descubrió e hizo copias de otras seis partidas de nacimiento certificadas por Broggi. Una tarde en la calle la frenó una mujer:

—Averiguá, hay muchísimos casos más.

Ismael Alfredo

Cuando sus padres de crianza murieron, a Gastón Sevillano una tía le contó la verdad: era un niño robado.

Le dio nombre, dirección y teléfono de la madre biológica. Gastón no se animó a llamar. Creció en un hogar donde siempre le hicieron sentir que no pertenecía a la familia ni tenía el mismo valor que los demás:

en las fiestas, mientras sus primos abrían cajas enormes de regalos, él recibía chucherías. Y peor aún, le fijaron la idea de que la mujer que lo había parido era joven, pobre y lo había entregado porque no lo quería.

¿Y si era cierto?

Su ex esposa no dudó. Marcó el número, dijo lo que había que decir, cortó y lo convenció para ir a conocer a esa mujer.

En la ruta, camino a Santa Rosa, los pensamientos iban más rápido que la marca del velocímetro. Tenía miedo de ser negado por segunda vez, de ser un guacho más de la llanura pampeana.

Según la partida nació en General Pico el 7 de abril de 1977 a las 16, en la Calle 22 N° 41, el domicilio de la partera Marta Irrazabal de Lang, la misma que certifica el documento.

A la mamá le dijeron que el 7 de abril de 1977 dio a luz a un niño sin vida. 41 años después Gastón era un zombie que se levantaba del mundo de los muertos. Gastón era su bebé Ismael Alfredo. Al parir tenía 17 años, pasó dos semanas en estado comatoso, y cuando despertó le dieron la noticia. Jamás vio el cuerpo, no le entregaron un cajón, en ese entonces era más sagrada

la palabra del médico. Ella dice que su hijo nació en la Clínica Pico, otro dato que no coincide con la partida de nacimiento.

El ADN que se hicieron confirmó el parentesco en un 99.9%.

Gastón tiene los ojos verdes, el cabello castaño, una sonrisa a medio camino, entre tímida y retraída, es comisionista. La estructura de su vida se desmoronó y rearmó en tiempo récord. Ganó verdad, perdió toda la fe en la humanidad. Tras resolver su caso empezó a investigar qué manos tenían los dioses que escribieron su historia.

Así conoció a Andrea. Y después a Lorena Millán, a Silvana Suarez. Hoy los cuatro sostienen el espacio Busco madre biológica La Pampa. Es una página de Facebook que tiene más de 10 mil seguidores y con pretensiones de constituirse como asociación civil. Con métodos artesanales se las ingenian para tener una base de datos, cruzar información, buscar personas a través de las redes sociales, acompañar en las esperas o salir de rastrillaje a tocar timbres en domicilios donde pueden encontrar respuestas.

La hermana mayor

Lorena Millán se quedó tildada. Quizá se puso pálida, tal vez se le nubló la vista, algo extraño vieron en sus ojos. Un hermano se acercó a preguntarle si se sentía bien. Estaban en la fiesta del cumpleaños de 15 de una de sus sobrinas. Ella le sonrió, lo abrazó. Estaba en shock:

—Disfrutando lo que nunca me dejaron disfrutar.

Porque Lorena creyó que era hija única hasta los 43 años.

Se enteró a los 18 que quienes la habían criado no eran sus padres biológicos, aunque su partida de nacimiento, certificada por Francisco Irrazabal, decía que sí lo eran. Recién ahí entendió frases del estilo “si hubiera sabido que me salías así, te habría dejado en el tacho de basura en el que te encontré”.

Cada vez que intentó rastrear su identidad, obtuvo un “para qué querés saber”, o “no seas mal agradecida”. Cuando sus padres de crianza murieron una tía le confesó que a su madre biológica la había traído de La Maruja una tal Rosa Rivero al Hospital Dr. Centeno de Pico. No supo qué hacer con eso.

Dos años atrás estaba en la gomería donde trabaja su marido hojeando el diario cuando se topó con una nota: “Andrea Langhoff, mano a mano con La Reforma”. La leyó completa, como quien contiene la respiración bajo el agua y trata de aguantar un poco más. Después se puso a gritar.

—¡No soy la única, no soy la única!

El 9 de mayo de 2017 Lorena se animó a publicar su historia en las redes. Al otro día recibió un mensaje privado: una joven de La Maruja le decía que podían ser hermanas. Los datos, la fecha, el nombre de Rosa Rivero, todo coincidía, y su madre siempre hablaba de una hija que le habían sacado porque nació muerta. Ella siempre dudó: había sido su primer parto, tenía 12 años.

Empezó a recibir fotos de esa familia, le daba miedo mirarlas, se veía parecida con todo el mundo. Entonces reenviaba las imágenes a sus hijas o al grupo de Whatsapp que habían armado con otros buscadores. Y sí, era igual a ellos.

De estar sola pasó a tener 14 hermanos y 30 sobrinos.

Aún no se hizo el análisis genético, hay un problema: “es muy caro”. Según laboratorios privados consultados en La Pampa, el valor de un ADN ronda los 200 dólares. Otra opción es el test Family Tree: un

laboratorio de EEUU dedicado a la genealogía genética conecta a quienes mandan sus muestras con familiares que ya deben estar registrados en la misma base. La ONG santafesina Nuestra Primera Página recomienda un kit disponible en Mercado Libre, en pesos y por un importe muchísimo menor. Juan Pablo Villaverde, miembro de esta asociación, dice que más de mil argentinos ya integran esta base de datos.

—Lo de Andrea es ADN por portación de rostro —dice Silvana— es idéntica a su madre.

Lo inentendible

Silvana Suarez tiene 39 años, el cabello oscuro, suelto, lacio, le brillan los aros perlita, le hacen juego con la chalina blanca que lleva puesta. De las 11 denuncias radicadas en la Fiscalía Federal de Santa Rosa, ella es la única que ejerce ese derecho como hermana.

Reconoce que recién se subió a este tren cuando la atravesó la experiencia de la maternidad. Hay algo ahí, en cuando una se vuelve madre, que es crucial.

A Silvana la hizo reaccionar la vivencia de tener hijos. Y de perderlos.

Su primera hija murió con dos días de vida. Luego tuvo un varón, que hoy tiene 17 años. En el tercer embarazo perdió a su bebé una semana antes de la fecha del parto. Después de esto algo le quedó en claro:

—Nunca voy a entender lo que hizo mi mamá.

Desde chica escuchó en su casa aquella historia: la madre había entregado a la niña al nacer. Nunca quiso tocar el fondo de ese pasado, hasta que la profundidad se hizo literal: un sobrinito de 2 años se cayó a una pileta y casi se ahogó. El susto funcionó como resorte, esa misma noche del accidente decidió buscar a su hermana.

Qué era la vida si no.

Silvana no sabía por dónde empezar así que le preguntó a Google, llegó hasta el grupo ¿Dónde estás? y después encontró una publicación de Andrea donde hablaba de su caso. Era la 1 de la madrugada de un domingo cuando le envió un mensaje privado pidiéndole ayuda, contándole los datos que tenía. En horas se enteraría de que su hermana Yanina vivía en Pigüé y que también la estaba buscando. Si bien Yanina tenía una partida de nacimiento como hija legítima de sus padres de crianza, en su certificado de nacimiento original figuraban los datos de la madre biológica.

—No sabés lo que me lloré ese día.

“Me” lloré, dice y es como la pileta que se vacía, donde ya no hay riesgo de que nadie se ahogue.

En abril de 2016 ella y un hermano viajaron a conocerla y en mayo Yanina festejaría con la familia biológica de Pico el primer cumpleaños. Fue extraño, al conocerla su madre se mantuvo en esa postura fría que siempre asumí, “no se le movió ni un pelo”.

Hoy, según confirman fuentes judiciales, la madre de Silvana es la única madre biológica imputada en la causa.

Rastrillaje

Andrea no podía bajar de la camioneta Berlingo de Gastón. Habían pasado 13 años de la visita al Hospital Centeno con Broggi, pero su cuerpo reaccionaba igual: las piernas entumecidas, esa falta de aire que obliga respirar profundo ante el pánico de quedar sin oxígeno. Estaban estacionados frente a la quinta del médico.

Era junio de 2017, pasadas las 5 de la tarde.

Cuando Carlos Broggi salió a recibirlos ya no era el hombre elegante y seguro que ella recordaba. Estaba avejentado, el cuerpo tomado por los años, como “achicadito”, le temblaban las manos.

Ella también era otra. No quedaba nada de la joven que se sentía culpable de molestar a otros con sus preguntas, ahora estaba a pocas materias de recibirse de abogada y tenía una investigación increíble de lo que antes había sido una sospecha y ahora era una realidad espeluznante.

Dos cajas llenas de papeles apiladas en un rincón de su casa, una carpeta donde archiva partidas de nacimiento, cinco cuadernos oficio con todos los apuntes de estos años, un diario de ruta del primer viaje a Pico, más de ocho grabaciones convertidas a archivos MP3, decenas de horas invertidas en charlas con personas que están en esta búsqueda (pero que prefieren no hacer públicos sus casos por las consecuencias legales que les puede traer aparejadas a sus padres de crianza), le permiten decir:

—Son más de 110 casos de personas que quieren saber su identidad, pero yo tengo 64 comprobados y en mis manos están esas partidas de nacimiento, con los datos de quienes han sido los parteros o los médicos o los lugares donde nacieron.

La planilla de Excel donde Andrea Langhoff sistematiza la información da escalofríos. Cada casillero es

una cuna vacía. Entre los nombres de las personas que jugaron a ser Dios con la identidad de aquellos bebés, la columna de Carlos Broggi es la que más casos suma: 17.

Aquella tarde de junio de 2017, al verla, Broggi le dijo: —Perdón hijita, cuánto daño nos hemos hecho.

Los hizo pasar al quincho de la casa. Andrea recuerda una mesa larga con bancos, la parrilla, y al fondo un mueble lleno de papeles. De allí Carlos Broggi sacó su título, dijo que lo había descolgado, y necesitaba que ella viera su firma y reconociera su letra. Las partidas de nacimiento se completan de acuerdo a la información de los certificados que emiten los profesionales que presenciaron los partos. En la partida no está la firma del médico sino la del Jefe del Registro Civil. La firma y el sello de los profesionales está en el certificado, documento que no tienen los jóvenes que buscan su identidad cuando en lugar de tramitarse una adopción legal fueron apropiados. Broggi negó hasta último momento estar relacionado con el caso de Andrea. Especulaba con la idea de que algún día ella encontrara su certificado y comprobara que le habían falsificado su firma.

Hablaba, hablaba, hablaba. Broggi iba y venía con los recuerdos. Les contó, dice Andrea, que cuando

alguien se acercaba a preguntarle algo, él respondía la verdad y muchas veces lo invitaba a subir al auto, lo llevaba hasta el domicilio de la familia biológica, le señalaba la puerta y le aseguraba: cuando quieras venir, ahí está tu mamá. Decía que quería ayudar, se comparaba con el doctor Favalaro por las injusticias que había sufrido. Insistía con que todo lo que había hecho en su vida eran actos de amor. Le aseguró a Andrea que hablaría con los padrinos de su bautismo, una pareja que había sido amiga de él y que ella sospechaba que también le ocultaban algo. Hasta sugirió hacer una marcha por la identidad en la que él los acompañaría. En un momento se abrió la puerta.

—¿Qué hace esta mujer acá? Mi marido ya te dijo que no tiene nada que ver —. Era la esposa de Broggi.

—No, no —la frenó él— ellos tienen derecho a venir todas las veces que quieran.

Eran casi las 10 de la noche cuando se levantaron para irse. Andreíta y Gastoncito, como los nombraba Broggi, esta vez creyeron que podían confiar en él.

La pesadilla

Andrea iba en un colectivo con cinco compañeros del colegio. El chofer se perdió y cuando se detuvieron estaban en un pueblo fantasma, en el medio del campo. A lo lejos se levantaba un edificio blanco, enorme, y decidieron buscar un teléfono. Cuando ingresaron al lugar se separaron. Los pasillos se abrían como un laberinto. Era una clínica. Andrea caminó hasta encontrar un tacho de basura sucio con sangre, a pesar del espanto le fue imposible contenerse y levantó la tapa para ver qué había. Eran fetos. Gritó como loca. Delante de ella se abrió una puerta vaivén, vio en un quirófano a una mujer que tenía los pies en los estribos, se quejaba, sufría. El cabello oscuro le tapaba la cara. Un médico grandote la retaba, le decía que no era para tanto. Entonces nacía el bebé, él lo envolvía en una mantita y se lo llevaba. Después ya estaba de nuevo en el campo, corría, sus compañeros también. Creían que alguien los perseguía.

Ese sueño de hace más de 25 años siempre atormentó a Andrea.

Ahora abre grande los ojos cuando habla, sus cejas se contorsionan indignadas y hay un lenguaje paralelo en el movimiento de sus manos, sus pulseras tintinean.

De acuerdo a su investigación se estima que muchos de los bebés recién nacidos que fueron entregados eran hijos e hijas de mujeres con un perfil parecido: jóvenes, incluso niñas, pobres, en algunos casos analfabetas, muchas traídas de localidades vecinas, de pueblos de hacheros como La Maruja, donde estaban de tránsito. Todas ellas sin ningún poder de decisión sobre sus propios cuerpos.

Algunos testimonios cuentan que las parteras tenían casas donde recibían a esas jóvenes en sus primeros meses de embarazo, allí las ocultaban y asistían hasta el momento del parto, para que luego cada quien siga con su vida como si no hubiese pasado nada. Por ejemplo, en su declaración, Carlos Alberto Taboada, otro de los piquenses que se presentó en la Justicia, ante la pregunta de si pagaron precio o remuneración por él, respondió: “según tengo entendido no, pero se hicieron cargo de los gastos y honorarios del parto”.

Luego dirá en la entrevista que dará a Telefé que “recuerda que su madre le llevaba plata a Marta Irrazabal (la partera que certifica su nacimiento) para la man-
tención de la chica”.

También hubo casos de familias que pretendían ocultar situaciones de abuso o evitar la vergüenza social de tener una hija adolescente embarazada. Eran los abuelos o abuelas quienes acordaban la entrega de sus nietos.

W. quiere resguardar su nombre. Fue violada por su padre y quedó embarazada de él a los 15 años. Le dijeron que lo tendría, pero que ese bebé sería anotado como su hermano. Ella se negó. Dos meses antes del parto su familia dejó el campo donde vivía para instalarse en Pico. El día que se descompuso, el 7 de junio de 1977, un pediatra muy conocido la buscó en su Falcon verde para llevarla a la Clínica Argentina. No sabe si a su bebé lo vendieron o lo regalaron, sabe que no perdona. Tras el parto apenas lo vio, tenía mucho cabello. No se lo dejaron tocar. Una enfermera se lo llevó.

Al otro día le dieron el alta. En su casa jamás se habló del tema.

Hoy W. tiene el dato de quién podría ser su hijo, pero la madre de crianza lo niega. Y ella, que ha

criado como hija a una sobrina, de algún modo puede ponerse en su lugar. Entonces no quiere dar ningún paso. Tampoco hizo la denuncia. Sólo espera que el tiempo, al menos el tiempo, le dé una mano. Alguien que una vez esté de su lado: “ojalá pueda verlo antes de morirme”.

A veces a esas madres biológicas se les dijo que sus bebés habían nacido muertos. Lo relata la madre de Lorena Millán en una entrevista televisiva, después de 43 años, al reencontrarse con su hija. La periodista le preguntó qué le dijeron después del parto:

—Que había fallecido, y después nada más, porque yo ahí se ve que me desmayé, no sé... cuando me desperté ya no...

—¿Y viviste con eso?

—Toda la vida.

Una vez, detrás de una pista, Andrea Langhoff llevó un grabador con cassette metido en la cartera y registró una charla con una ex empleada del Registro Civil que le confirmó que entregaban bebés, pero que no había dinero de por medio, como si eso los salvase un poco. También escuchó otros relatos de buscadores que se criaron con una recomendación por parte de sus padres de crianza:

—Vos tenés que ser alguien en la vida porque me costaste un tractor.

Los niños y niñas eran entregados o vendidos a familias que no siempre eran de Pico. Los primeros casos que aparecieron en la prensa local fueron los de Brenda Taboada y Daniel Cahaldo, bonaerenses que llegaron intentando encontrar sus orígenes. Luego se sumó el de Andrea, de Glew. En el informe periodístico producido por Telefé se dejó en claro que en aquella época llamaba la atención que muchas parejas viajaran desde distintos puntos del país por unos días: “llegaban dos, se iban tres”.

Andrea Langhoff no volvió a tener aquella pesadilla, pero la mujer sin rostro de pelo negro sigue presentándose en sus sueños.

Buscadores

No hay datos oficiales que confirmen cuántos argentinos buscan su identidad biológica. Soledad Gesteira, doctora, magister y profesora en Antropología Social de la UBA, investiga temas relacionados a la búsqueda de la identidad de origen. En una entrevista que dio por

Radio Universidad Rosario contó que trabajó 10 años en Abuelas de Plaza de Mayo y que allí empezó a advertir que eran muchísimas las personas que se acercaban y se iban con un resultado negativo. Hasta ese momento ella no había pensado en ellos por fuera de los 500 nietos que intentaban hallar las Abuelas, pero claramente era una problemática extendida.

Si hablamos de apropiación no existen los trámites de una adopción legal, donde hay un expediente que es posible consultar. Estos buscadores, que no son hijos de desaparecidos, tienen partidas de nacimiento legales pero ilegítimas. La experiencia de Abuelas, explicaba la antropóloga, allanó el camino de trabajo para la formación de muchas ONG. Así, a partir de 2002 se constituyeron ¿Quiénes somos?, Raíz Natal, Fundación Identidad, Nuestra primera página, entre otras.

—Si lo pensamos en términos de una genealogía activista, Abuelas lanza una pregunta a la sociedad: ¿quién sos? Eso desborda. Otras personas retoman ese discurso, lo resignifican y generan su propia demanda al Estado Argentino que es el ejercicio pleno del derecho a la identidad —dice Gesteira en la radio.

¿Qué pregunta deberían hacerse los piquenses? Quizá esta: SI NACISTE EN GENERAL PICO ENTRE 1963 Y

1980 Y TENÉS DUDAS SOBRE TU IDENTIDAD PORQUE LAS PERSONAS QUE APARECEN EN TU PARTIDA DE NACIMIENTO NO SON TUS PADRES BIOLÓGICOS, PODRÍAS SER UN NIÑO APROPIADO. Pero nos falta el final, no existe para estos casos un “CONSULTÁ ACÁ”.

Pueblo chico

En la puerta del Centro de Especialidades Médicas de Pico, la periodista Gisela Busaniche entrevistó al Dr. Osvaldo Medús, ginecólogo y obstetra. En el informe ¿Quién Soy? emitido por Telefé a fines de 2017, quedó registrado este diálogo:

—¿Entonces usted dice que puede ser que se haya hecho un certificado de nacimiento falso?

—Puede ser, pero yo no lo he visto (...).

—Y la adopción ilegal, en ese momento, ¿por qué usted dice que era normal?

—No era normal, yo lo que te quiero decir era que el contexto era totalmente distinto, el contexto de esa época era distinto.

—Y hacer una adopción podía ser un acto de amor...

—Sí, sí que podía ser, porque las madres traían a sus

hijas para que tuvieran familia y la mayoría de ellas se las llevaban después a las hijas y dejaban a los chicos en los hospitales.

Ese mismo año ocho personas hicieron denuncias en los Tribunales de Pico, pero el nombre del Dr. Medús aún no aparecía en ninguna. Andrea Langhoff no pudo denunciar porque su causa contra Broggi del año 2006 ya había sido desestimada, entonces se sumó como testigo. El fiscal Agüero, por las características de los delitos a investigar, luego derivó la causa a la Fiscalía Federal.

El año pasado Juan Mauro Alduncin leyó en Maracó Digital una nota titulada “Comenzaron indagatorias de acusados por apropiaciones de niños”.

Cuando Juan se enteró de que era “adoptado” ya vivía en Buenos Aires, estudiaba gastronomía. Se lo dijo un amigo, no en modo confesión, sino dando por obvio el tema, como si todos lo supiesen menos él. Alicia, la madre de crianza, se lo confirmó: era un hijo del corazón, un hijo deseado. Le contó que ella no podía quedar embarazada entonces un médico, que era muy amigo de la familia, le prometió que cuando se presentase una mujer con características similares a ella y

no quisiera a su bebé, él se los entregaría. Al principio Juan sintió agradecimiento, la suerte de haber tenido una familia que lo quisiera, y no preguntó más. Luego no hubo tiempo: la madre enfermó y murió en cuestión de meses. Nueve años después, y de nuevo como en un loop macabro, Juan descubrió que su fecha real de nacimiento no coincidía con la que figuraba en su partida, y que su partida estaba duplicada. Desde entonces la duda es un abismo al que no puede evitar asomarse.

Juan regresó a su pueblo chico. Fue a hablar con la esposa de aquel médico, a quien él quería como una tía, íntima amiga de Alicia, y encontró como respuesta un:

—Mejor no preguntes.

Buscó a otra amiga de su madre:

—Te dieron todo, no mires para atrás, hacé tu vida.

Él también se hizo el análisis en el BNDG, sin coincidencias. Participó del programa televisivo Los unos y los otros que conducía Andrea Politti. Luego de contar su historia una chica lo contactó diciéndole que lo veía muy parecido a sus primos, que su tía había tenido un embarazo que había ocultado, que él podía pertenecer a su familia; se hicieron un ADN, también dio negativo.

Recién cuando leyó la nota en Maracó Digital empezó a entender el marco de ilegalidad y a pensar en su madre biológica, en este mecanismo de la entrega, en la violencia de género a la que seguro estuvo expuesta. Inmediatamente programó un viaje a Santa Rosa y sumó su denuncia a la causa.

Luego abrió un perfil de Facebook llamado Esperanza pampeana y empezó a publicar:

“NACÍ EL 5 DE MARZO DE 1979 EN GRAL. PICO, LA PAMPA, EN LA CLÍNICA ARGENTINA. Ese día, a la tardecita y a los pocos minutos de nacer, ya estaba en los brazos de mis padres adoptivos. Por referencias o comentarios, sé que mis padres o madre biológica pueden estar relacionados a Quemú Quemú o La Maruja. El Dr. Medús (quién firmó mi partida de nacimiento) no sabe quién fue, y el médico que hizo de nexo ya falleció. Solo me queda recurrir a la solidaridad de quién sepa algo para llegar a algún dato. Gracias!”

Medús. El mismo Medús que dijo no haber visto certificados falsos.

El texto escrito el 7 de febrero de 2019 fue compartido 1285 veces. Tiene una foto de su infancia: el cabello oscuro, los ojos enormes y achinados, la sonrisa que brilla en dos dientes blancos.

Acción u omisión

Veinte días después de recibir en su casa a Andrea y Gastón, Broggi se pegó un tiro.

La mañana del domingo 13 de agosto de 2017, en un camino de tierra, a las afueras de Pico, cuando un vecino salió de su chacra, vio un Citroen en la banquina, aún con la primera marcha puesta. En el suelo una escopeta, sangre. Adentro el médico aún estaba con vida, se había disparado con una escopeta calibre 16 debajo de la tetilla izquierda. Murió minutos después.

Dejó una esquelita -que pasó a manos de Criminológica- donde había escrito que no sabía quién era la madre de Andrea Langhoff.

La noticia del suicidio, publicada ese día en Maracó Digital, tuvo 50 comentarios. La mayoría de los piquenses lo recordaron como “gran profesional”, “una vida de trabajo y entrega”, “ser humano hermoso”, “un ejemplo”. Una usuaria llamada Nélide comentó otra cosa: “Se llevó el secreto a su tumba”.

Carlos Broggi no estaba imputado en la causa. De los 14 que sí, de acuerdo a datos de Fiscalía, sólo uno dio su versión de los hechos y fue sobreseído. El resto hizo uso de su derecho a negarse a declarar. En cinco casos

alegaron no poder viajar hasta Santa Rosa por problemas de salud, algunos de ellos con edades que superan los 90 años: a tres se le tomó declaración por videoconferencia, dos solicitaron evaluación para que el Tribunal de Pico considere si estaban aptos para indagatoria.

En una publicación en Facebook los miembros de Busco madre biológica le escriben a todos los piquenses, casi un ruego para que no callen más si saben algo, para que cambien la historia, para que entiendan que ellos son la única llave para llegar a la verdad. En el medio del texto una frase brilla, púrpura y pastosa: “Realicen, ahora sí, un acto de amor”.

Aquel domingo de agosto de 2017, a 635 km de Pico, la hija de Andrea Langhoff sonreía con un sobre en la mano, a punto de meterlo a la urna. Era la primera vez que votaba, elegía a senadores y diputados en las PASO y su madre quería tener el recuerdo, así que sacó el teléfono del bolso para sacarle una foto. Su smartphone ardía de notificaciones y llamadas perdidas.

Cuando leyó los mensajes, el cuerpo se le volvió gelatina, no sabía cómo mantenerse en pie. Sintió que tenía de nuevo 7 años y estaba detrás de aquella puerta, sintió que jamás iba a saber la verdad:

—Que nunca voy a encontrar a mi mamá.

Epílogo al cierre de esta edición

En enero de 2019, Andrea Langhoff encontró a su mamá. Primero recibió un mensaje, luego conversó por teléfono con una mujer que pidió que sólo la escuchara. Y de repente ahí estaba de nuevo la esperanza, ardía como bola de fuego, le quemaba el pecho ante el miedo de una desilusión. El ADN confirmó que sí, esa mujer del llamado era su tía. Apenas dio un paso más y pudo sentarse en una mesa junto a su madre: supo que la fecha y la hora que figuraba en su partida de nacimiento era real, que ella era la sexta hija de Sofía, que su madre primero quedó viuda, luego intentó rearmar su vida al lado de un hombre violento, que cuando quiso salir del infierno descubrió que estaba embarazada y entonces pidió ayuda: después de parir le dijeron que había dado a luz a un bebé sin vida.

Andrea aún forma parte del grupo Busco madre biológica La Pampa. El único acto de amor, sigue diciendo, es que las personas que saben algo hablen, como lo hizo su tía, porque no hay otro modo de llegar a la verdad.



La transición de los hijos interpela a algunas madres desde lugares diferentes, sobre todo afectivamente. Lo viven sin sobreadaptación: a algunas todavía les cuesta nombrarles o aceptar que, en plena efervescencia del feminismo, las chicas elijan ser chicos. Sin embargo, para los adolescentes el cambio es natural, siempre y cuando tengan algún contacto con la ley de Educación Sexual Integral.

No sé cómo seré en el futuro

Miriam Maidana (psicoanalista)

Fecha de publicación: 5 de noviembre de 2018

Dice Kit que lxs adultxs problematizamos todo. Ella conoció a Tomás cuando aún era una chica. Transicionó a los 14 años. Y comenzaron a llamarlo Tomás. Así con otros cuatro compañeros del colegio al que asiste. Y ella, ¿pensó alguna vez en transicionar? “Cuando era más chica me cuestioné si quería ser mujer porque no soportaba a mis compañeras de colegio, mis amigos eran varones, me gustaba más Dragon Ball que Casi Ángeles. Pero estoy contenta con ser chica: a veces me dan ganas y me pongo un gorro y un sweater enorme y me confunden con Juani de 100 días para enamorarse. Otros días me gusta usar shorts y escote, no es problemático. Pero me defino como chica. En un tiempo no lo sé”. Kit y algunxs de sus compañerxs dicen: “Somos todos bisexuales, por eso no importa tanto. Definirse sexualmente es un problema de gente mayor, no nuestro”.

Interesante: a Freud casi lo quemaron en la hoguera por atribuirle a lxs niñxs una sexualidad, por definir la sexualidad como perversa y por problematizar la pareja heterosexual. Escribió en 1915: “En un sentido psicoanalítico, el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural”.

Kit y sus amigxs no estudiaron aún a Freud. Tienen entre 12 y 17 años. Crecieron con un dinosaurio empedado que se transformaba en enorme y les daba consejos, viendo a un niño que odiaba el brócoli y que tenía dos padrinos mágicos que le hablaban simultáneamente: uno bueno y uno malo, con una esponja en pareja con una estrella de mar, con una novela que lxs dividía en “divinas” y “populares”, con fiestas infantiles donde bailaban “el meneaito” y el pollito Pío. Son la generación que no usó el celular a los dos años, que usó netbooks a los ocho, que iba al cine a ver películas infantiles, que compraba DVD truchos de Los Simpsons. Actualmente tienen un montón de fetiches pero hay tres que destacan: el pelo teñido de colores, los piercings y el programa RuPaul’s drag race. “100 días para enamorarse es novela, la mira mi vieja, nosotrxs vemos Netflix y después comentamos cada capítulo.”

Las chicas dan batallas por llevar shorts al colegio, todxs usan las mismas zapatillas y tienen posgrados en patologías diversas: autolesiones, trastornos alimentarios y ma-padres “adolescentizados”. Se emborrachan con Doctor Lemon y vodka, si no hay plata toman “fantino” (vino+fanta) pero casi nada de fernet: muy caro, muy fuerte. Se dividen en tribus que conviven armónicamente: k-popers, otakus, freakis, darks. Odian estudiar, hablan de feminismo y cuando algunx de sus ma-padres son reaccionarios los califican de “celestes o provida”. “Es lo peor que te pueden decir”, dice Alexis. “¿Sabías que en nuestro colegio hay una sola chica celeste?” Le pregunto si le hablan, si tiene amigxs: “¡Pocos! Es alguien que está a favor de la muerte, ¿entendés?”.

El 18 de junio de 2018, la OMS anticipó que la transexualidad no aparecerá en la nueva edición de su lista de trastornos mentales. Pero sí va a quedar incluida dentro de la lista de “condiciones de salud sexual”, de otra manera no podrían incluirse los tratamientos médicos que muchas personas solicitan para su reasignación de identidad.

El 6 de agosto, casi dos meses después, lxs alumnxs de un colegio técnico de la Ciudad de Buenos Aires se enteraron por las autoridades que su compañero M., varón trans de 14 años, se había suicidado. Muchxs conocían su historia de autolesiones y depresiones varias. Pidieron al colegio realizar una jornada de concientización: no lxs autorizaron. En una carta denunciaron que el año pasado habían hablado con el gabinete psicopedagógico para comentarles su preocupación por lo que le estaba pasando a M. Nadie intervino.

Pregunto a un grupo de adolescentes qué es ser trans: “Es como que un día te empezás a dar cuenta que no sos como te ves corporalmente, biológicamente, y empezás a pensar qué sos y qué querés ser. Y en eso vas vistiéndote distinto, te cambias el nombre, y así”.

Pregunto a otro grupo de adolescentes qué es ser trans: “¿Qué?”. “Si un pibe se viste de mujer es travaaaaa”.

¿La diferencia? El primer grupo tuvo talleres y capacitaciones en ESI (Educación Sexual Integral) desde primer año. El segundo grupo asiste a colegios religiosos. De eso no se habla.

El 9 de mayo de 2012 Argentina sancionó la Ley 26.743 de Identidad de género, a la que define como “la vivencia del género tal como cada persona la siente, corresponda o no con el sexo asignado en el nacimiento”. Es la primera en el mundo que no patologiza la condición trans y contempla que niños, niñas y adolescentes puedan cambiar su nombre en el DNI con la aprobación de “sus padres o tutores”. En caso de que estos se opongan, podrán recurrir a la justicia por medio de un abogado. Este punto lo defendió Lohana Berkins: “La razón es que el travestismo se asume entre los 8 y los 13, y muchas veces esos chicos o adolescentes son expulsados de sus casas por sus padres, por lo que nunca conseguirían ese aval”.

Niñxs y adolescentes pueden acceder a operaciones sólo con autorización de un juez.

Dalia es militante feminista, anarquista, emprendedora y está atravesando, acompañando, viviendo con él, la transición de Manu: “Los relatos previos

de identidades trans que tenemos son las historias de Lohana y de Gabriela Mansilla y su hija, es decir, historias de personas que se identifican desde la niñez. Y lo que estamos viviendo muchas familias es el desconcierto de haber vivido durante años con una chica cis, con un chico cis. No el desconcierto de no haber percibido algo, porque yo pelotuda no soy, sino de haber convivido con una chica cis hasta que un día decide otra cosa. No tenemos papeles frente a esto, entonces decimos ¿cómo? Si yo no lo ví. Me parece que estamos andando un nuevo camino”.

Es una generación que un día comenzó a pensarse de otra manera. No son chicxs que siempre se autopercepcionaron en un cuerpo equivocado, sino adolescentes que comenzaron a preguntarse por su identidad. De ahí la importancia del entorno que acompaña, sostiene o rechaza el cambio: la familia, la escuela, lxs amigxs, lxs amores.

Alicia tiene 40 años, es profesional y su único hijo está inscripto en el DNI como Carolina. Hace seis meses llegó a su casa con el cabello cortito: “Ahora me llamo Joaquín, ma”.

Joaquín tiene 13 y está en primer año. Fueron juntos con el novio de él a la marcha por el derecho al aborto,

aunque ella sigue hablando de él como Carolina: “Me rompí la cabeza cuando me vino con ese planteo. Al padre lo debe haber visto seis veces en su vida, pero ha tenido abuelos y tíos muy presentes. Una amiga me decía que la cambie de colegio, que seguro estaba copian-do –hay 5 varones trans, 3 de ellos en primer año– pero no sé, no la reconozco. Luego de una guerra de varios días –con bombachas y corpiños hechos trizas a tijeretazos por ejemplo– la llevé a merendar y le dije que yo necesitaba tiempo. Yo parí una hija, le elegí un nombre, estaba criando una niña. ¿Ella ahora quiere ser él? Respeto eso, pero no voy a impostar por hacerme la progre: estoy triste. Así que por ahora la sigo llamando Caro, aunque le doy la plata para que se compre los boxers”.

Franco fue el primer novio de Max: “Al principio de la relación con Max era claro que no se sentía muy cómodo con su género. Y llegó un punto en que me dijo que quería cambiar de género y lo acepté, lo tomé a bien, no lo juzgué. Tuvimos una relación bastante sana en términos aceptables, él continúa teniendo problemas con su familia porque no lo aceptan. Sufre mucho, se deprime, pero tratamos de apoyarlo, de animarlo. Él tiene que ser quien siente que es, aunque a muchas personas les cueste entenderlo”.

Le pregunto a Martín por el comienzo de su relación con Alex: ¿sabía que era varón trans? “A mí me gustaba mucho, le decía ‘qué lindo que sos’ cuando andaba por el patio del colegio, pero no me daba bola. Yo era medio gato, lo reconozco. Venía de un noviazgo largo y conflictivo con una chica que se cortaba y tenía trastornos alimentarios, y yo había pasado por lo mismo así que la ayudaba pero vivíamos en conflicto. Después de ella no quería nada serio hasta que lo ví a Alex. Le empecé a preguntar a algunxs compañerxs por él y una me dijo: ‘¿No te diste cuenta? Alex es trans’”.

¿Le habían gustado previamente varones cis? “Bueno, me había comido a un par pero siempre en fiestas, algo tomados.” ¿Les contó a sus padres que sale con un varón trans? “Sí, mi vieja no tuvo problemas, con mi papá tengo una relación más conflictiva y se lo conté cuando estaba medio en pedo pero no lo llevaría a su casa porque ya hemos peleado mucho por su transfobia y homofobia. Cuando era más chico le conté que me gustaba un chico y me dijo de todo: ‘¿Vas a besar a alguien que tenga barba?’. Así que la comprensión y mi papá... (risas)”.

Ubiquemos términos, pues: una cosa es el sexo biológico, otra muy diferente la identidad de género.

Kit lo dijo tajante: “Si Tomás se siente Tomás, entonces para mí es Tomás”.

Todxs coinciden en que para lxs autoridades escolares y el cuerpo docente el tema no es simple, no es una generación adolescente sumisa. Al momento de la publicación de esta nota, también contaron que tras discusiones, petitorios, comisiones de género en varios colegios lograron que en las listas de profesorxs lxs chicos trans sean anotadxs con el nombre elegido por ellxs, no así en el boletín y otros documentos oficiales: allí es obligatorio que el nombre coincida con el DNI.

Lucía, profesora de gimnasia de chicas de primer y segundo año, ofertó a dos alumnos varones trans cambiar de grupo y asistir al de varones: Tomás no aceptó. “Tengo mis amigas ahí, no quiero cambiar”.

La figurita difícil es el baño: por ahora en los secundarios siguen divididos en nenas y nenes.

En colegios menos abiertos a las transiciones, generalmente lxs ma-padres son citados y se les oferta gentilmente que cambien a su hijx de institución: la novela

100 días para enamorarse tuvo mucho rating, pero no penetró aún en estructuras arcaicas.

En una época de empoderamiento del movimiento de mujeres y los feminismos, ¿por qué tantas chicas se autoperciben y quieren ser varones? Conversamos de esto con Dalia: “Yo le pregunté a Manu ‘¿vos qué pensabas, cómo empezaste a pensar esta posibilidad?’ y me dijo a partir de la ESI, una ESI que no tienen, que se autoconstruyen todo el tiempo, pero es como un afuera que les dice ‘es posible que yo decida ser lo que quiero ser’”.

“Hay dos cosas que me tranquilizan, que me hacen sentir cómoda: la primera es que es parte de un momento social, siento que lo puedo compartir. La segunda es que uno de mis miedos era perder a mi única aliada, mi cumpa. O sea: en una familia con un hijo varón y un compañero, otra de las pérdidas que yo sentía es la de mi cumpa. En la cartita que dejó aclaraba que esto no era un retroceso en sus ideas feministas, pero yo tenía miedo de tener un chongo en casa. Y lo que veo es que estos chicos trans están planteando una nueva masculinidad, no están tan interesados en la hormonización, arman parejas entre ellos o con chicos. Hay más diversidad de la que nosotras podíamos imaginar

sobre el universo trans, que era como una réplica de nuestro binarismo.”

Lx hije de Dalia no pudo sentarse con sus ma-pa-dres: les escribió una carta. La primera palabra que escribió fue “Pum”. Luego agregó: “Soy trans”. Dalia recuerda que lloró noches enteras, que la hizo feliz que su hijx decidiera no hormonarse –en su familia el concepto de salud es importante– y la acompañó a comprar su primer binder, una faja o camiseta para aplastar los pechos. Consiguió también que siga la indicación médica y no lo use más de ocho horas. Porque la reacción de rechazo por completo a la autopercepción de género por parte del círculo cercano trae un problema: el mercado negro. Hormonización, binders, operaciones clandestinas.

Alicia aún no despide a Carolina, aunque ahora él le mande mensajes como Joaquín. Recuerda que hace poco vieron juntxs *Boys don’t cry*, la película donde el personaje se faja cada día para ocultar los pechos. Cuando le preguntó si lo hacía, Joaquín lloró de risa: “Mamá, ¡soy una tabla!”.

Esto no es un dato menor: dos mujeres, madres por elección y no por mandato, hablan de la transformación

de sus hijas, de su devenir de género con dolor. No niegan la pérdida, ni su reacción frente a una situación para la que no estaban preparadas. En el caso de Dalia, sí confrontó a su hijo: “¿Y a tu hermano no pensás decirle? Fue todo un arte cómo lo esquivó, hasta que un día él lo llamó Manu. Ahí fui por más: ¿y les abueles? Ah, no, me dijo, les abueles no”.

Hace poco, un adolescente de 15 años de un colegio católico escribió en su Instagram: “Hola, soy S. y quería contarles a todxs que soy gay”. Había estado de novio con una chica durante primer y segundo año. Un día se hartó y lo contó. Otro día, una chica de 14 de otro colegio religioso quedó embarazada. Las autoridades consideraron hacer una reunión de ma-padres y juntaron a la numerosa asistencia en el salón de actos. Emiliano, que tiene un hijo de 15, contó: “Llevábamos un montón de tiempo escuchando y debatiendo si los padres autorizamos que les pasen una película de educación sexual a pibes de secundaria. Yo me paré y dije: ‘¿Por qué no les enseñan cómo ponerse un forro? ¿Sabben que la mayoría no lo usan bien, se les sale o se les rompe?’. Te estoy hablando de julio de 2018, ¿me entendés? Fue un griterío pero yo ya estaba montado y hablé nuevamente: ‘Okey, entonces vamos preparando

cochecitos de bebés y visitas a médicos por enfermedades de transmisión sexual’. A la semana siguiente me dice F.: ‘¿Sabés pa que la de biología trajo una banana y nos mostró cómo se pone bien un forro?’”. F. tiene 15, aún no debutó, pero...

Es decir: mientras alumnxs de 15 no son considerados aptos para obtener información sexual, otrxs libran batallas por cambios de nombres, aspectos y derechos. Esto ocurre en seis colegios porteños en un radio de 20 cuadras.

En el documento ¿Hablamos de ESI? del Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA) dice: “La educación Sexual Integral es un derecho de niños, niñas y adolescentes pero es también una política educativa imprescindible para que ell@s puedan desarrollarse con afectividad, libre de estereotipos de género, cuidando su cuerpo y su salud, y respetando la diversidad que alberga a todas las personas. UNFPA acompaña y apoya la implementación de la Educación Sexual Integral mediante el acompañamiento al Programa ESI que capacita a docentes y estudiantes de profesorado de los tres niveles y directiv@s de escuelas de todo el país, para que la ESI llegue a las 45 mil escuelas de la Argentina”.

Franco viene de una familia compleja: “Siempre viví en una familia de mente cerrada y quise cambiar eso, quise que me viesen igual si soy hombre, mujer, mujer cis (el término alude a las personas que no son trans), hombre cis. Sí me han gustado chicos cis y no le veo ninguna diferencia a estar en una relación con una mujer u hombre. Así que me siento de la misma manera estando con ambos sexos, me siento igual de cómodo, estoy bien como estoy ahora, tengo una mente abierta. El día de mañana me puede gustar un chico cis, una chica trans, en fin, veremos”.

Muchxs ma-padres envían a sus hijes a tratamientos psiquiátricos o psicológicos para que les “devuelvan” al que el DNI cruzó con una F o M. No los escuchan, ignoran los signos –generalmente autolesiones, aislamiento social, trastornos alimentarios severos, tristeza permanente, encierro-. Dalia, por el contrario, confrontó su propio feminismo e ideología. Habló con amigas, abogadas, otras madres del colegio. Se transitó en su maternidad y aún lo hace: “Una de las cosas que yo pensaba al principio es si Manu quería ser varón o simplemente no quería ser mujer. No lo sé, tendré que

vivir con esa duda, no puedo obligarla a ir al psicoanalista, no quiere. También pensé si no será un síntoma que tantas chicas tan chicas estén huyendo de ser mujer como un mecanismo de defensa frente a la violencia machista. Vos podés decirme ‘como si no hubiera violencia hacia lo trans’, pero no es lo mismo”.

Esa frase me queda retumbando: le pregunto a Martín y a Franco si se sintieron atacados alguna vez en la calle: NO. Les pregunto a Kit y a sus amigas si tuvieron episodios de agresión contra sus amigxs trans cuando van a la plaza o pasean por allí: NO.

No es la misma realidad en el conurbano. Sam, varón trans, fue corrido a pedradas por vecinos en su barriada de Florencio Varela. Abusado por una tía -le levantaba la remera y lo manoseaba cuando tenía 9 años y todavía era una nena-, a los 10 comenzó a cortarse el pelo muy corto, a usar ropa holgada, pantalones enormes y boxers. Su familia es numerosa y entre consumos problemáticos y violencia no le presta ninguna atención. No tuvo problemas en el colegio pero sí cuando se puso de novio con una chica a los 15. La familia de su novia aceptó la relación, pero no lxs vecinxs que comenzaron a gritarle -a Sam, no a su novia- y a asustarlo: cuando le tiraron piedras habló con el gabinete del colegio que

le indicó que se mudara lo antes posible. Se fue a vivir a lo de una tía, en el Oeste bonaerense. La pasó horrible. La relación no sobrevivió la distancia.

Sam tiene una imagen fuerte, le importa que “el afuera” lo vea como “macho”. No es el caso de Tomás, Joaquín, Manu, Alex, Max: eligieron ser varones pero no lo fuerzan. Tomás se pone polleras cuando tiene ganas. Se pintan. Alex se dejó el pelo largo. Creo que les gusta la indefinición ante la mirada del otro. Juegan.

Kit me dice: “Nuestrxs amigxs varones no son sexistas, ni machistas. Ninguno hace gimnasia, ni tiene cuerpos importantes. ¡Somos adolescentes!”.

Unos días después, asisto a la siguiente escena: Franco consiguió plata y va a teñirse de rosa en casa de una amiga. Vienen dos amigos más, son cuatro. Lo decoloran, lo tiñen: queda muy bien. Se dedica a sacarse fotos para subir a Instagram. Gabriel y Aitor tocan la guitarra. Kit limpia lo que se ensució en el baño.

Les pregunto por las clases de patriarcado: ¿qué capítulo se saltaron?

Como psicoanalista tengo en claro que la sexualidad no es biológica, sino un constructo subjetivo. Caso por caso. La identidad se relaciona con la identificación, y en la adolescencia lxs ma-padres debemos quedar hechos trizas frente a ídolos, amigxs, profesorxs, referentes.

Deben deconstruirse como niñxs, armarse entre cuerpos que disgustan y pulsiones que desborдан. Buscan. No lo viven como un juego, ciertamente: el rechazo del otro –la familia, los afectos– desarma. Varixs, muchxs, deben superar también a ma-padres feministas, deconstruidos, que han atravesado elecciones varias, entre ellas, tenerlos.

Cité a Freud al principio –desde el texto 3 Ensayos para una teoría sexual (1915)– porque una cuestión es lo que ha escrito y otra lo que ciertxs psicoanalistas han impuesto. El psicoanálisis ha roto con una cuestión central: la de destino. Cada unx será lo que pueda, lo que desee, lo que su búsqueda conlleve. Esto fue planteado en 1900. Así, reivindicó la aplicación del psicoanálisis con una mirada de género.

La adolescencia es una etapa de confusión y el futuro queda lejísimos, entonces es importante el acompañamiento aún desde el desconcierto, desde el duelo, desde el no saber cómo. El rechazo, la expulsión, la

ausencia de mirada ante signos evidentes de malestar puede empujar al vacío.

Hice muchas entrevistas a madres pero elegí las de Dalia y Alicia porque la transición de sus hijos las interpeló desde lugares diferentes, sobre todo afectivamente. Me disgusta profundamente la sobreadaptación: te busqué, te pensé, te nombré y ahora vos cambias y listo: ¿destapamos una cerveza y brindamos?

En un curso de la carrera de Psicología Forense en la Facultad de Psicología de la UBA, el especialista en perfilación criminal Luis Disanto incorporó el tema transgénero a la cursada a partir de la experiencia de un amigo cercano cuyo hijo transicionó. El amigo y la pareja concurren a grupos de familias cuyos hijxs están tramitando su cambio de identidad. Quiero decir: nuestra generación y algunas anteriores y posteriores también estamos atravesados por la posibilidad de que alguien a quien queremos se repiense, se “transpiense”. Claramente esta posibilidad de autoperibirse ya no está solo limitada al sentir “haber nacido en un cuerpo equivocado”. Está más ligado, más conectado al acceso a los derechos, vía Ley 26.743, la ESI, novelas, películas, música y literatura específica.

Tampoco es una lucha disruptiva, excepcional: en

los 70 muchxs adolescentes eran expulsadx de sus familias por su militancia, en los 80 por llevar cresta o dejar la escuela para hacer una banda hardcore, en los 90 por descreer de la cultura del trabajo o del estudio. Cada generación ha tenido lo suyo en cuanto a rupturas y cambios. Las mujeres no vivimos la sexualidad de la misma manera pre y post píldora anticonceptiva.

Las identidades trans por fin han podido desprenderse solo de la imagen, pero en la adolescencia aún no podemos afirmar tajantemente lo que será. Lo dicen lxs chicxs: “No sé cómo seré en un futuro”.

Cierro con algo que dijo Dalia: “A mí lo que me decepcionaría es si hubiera decidido ser monja, militar, policía, garca. Tengo un hijo anticapitalista, tengo un hijo anarquista, feminista, bueno, decidió ser él. Igual esto te lo digo ahora que han pasado unos meses. Me llevó unos litros de llanto”.

Aunque no entendamos, aunque no aceptemos, estaría bueno poder agujerarse un poco y acompañar.

Cuando no hay destino, el cambio es una posibilidad.
En nosotrxs, en ellxs.



La carrera de Cazzu empezó a los 10 años. Primero fue el folklore en su casa de Fraile Pintado, Jujuy. Después, ya instalada en Buenos Aires, se decepcionó con la cumbia: no le gustó el ambiente. De la mano del reggaeton llegó a la cima del trap: es la traperista estrella de la movida local, metió hits con millones de reproducciones en Youtube y es referente de un montón de mujeres que rapean.

Rapeá con Cazzu

Mariano Del Águila (periodista y DJ)

Fecha de publicación: 3 de octubre de 2018

Cazzu está en el escenario. Su tono de voz es ronroneante, sutil, dolido pero nunca quebrado. Como quien acaricia un piano, susurra sobre una intro, hasta que empieza el latido del dembow. La fiesta se enciende. El público, unos siete metros más abajo, filma, baila, corea. Cazzu en las alturas: en la cresta de la nueva ola. Cazzu, la chica de Jujuy que sólo quería cantar y ahora tiene millones de reproducciones en Youtube, teloneó a estrellas internacionales como Daddy Yankee y a Bad Bunny y es referente, junto a Duki, de una movida local en crecimiento.

Son las tres de la mañana y todo el mundo, bailando. Estamos en Mind, una discoteca en Saavedra, a 100 metros de la General Paz. Es el momento álgido de la Black Cream, una fiesta que ya tiene once años. Si esta fuera la película de Cazzu, la secuencia se repetiría en cámara lenta, con la arenga de la gente, sonando pastosa. Ahí la

vemos caminando por el balcón del boliche, sobre el público, con sus dos bailarinas y Sky, su inseparable Dj. Cazzu viste esas minis escocesas que lucen las chicas de Battle Royale. Su silueta, de espaldas, recortada por las luces. Sí, podría ser también, la imagen del afiche de su película.

Así como aquel jueves por la madrugada fue en Saavedra, la escena podría ser un sábado en Córdoba, o un miércoles en Mendoza. Un lunes en el Uniclub del Abasto, o en los sold out de Bad Bunny en el Luna Park. El trap es el movimiento musical del momento. Y puede que se termine mañana: pero si ocurre, ya cambió muchas cosas en muy poco tiempo. En diciembre de 2017, la vi a Cazzu en el Club Matienzo en una fecha para 300 personas. En lo que pasó del año, su nombre se instaló en el Olimpo de este género expansivo.

El trap es inflamable, es material con capacidad para enredarse y mutar con todo: con el reggaetón, con la cumbia, con el EDM (esa música electrónica de estadio, de bajos avasallantes). Una cantidad de etiquetas, pegadas una encima de la otra. Géneros refundados en el nuevo milenio. Y Cazzu los conoce bien. Desde que era Juli K, una adolescente norteña, que buscaba la manera de salir adelante con su voz: “Siempre andaba en movidas, escuchaba punk, andaba en skate. Y me encantaba

el reggaetón”. En su canción Maldade\$, Cazzu cita a los grandes compositores de ese género, a veces denostado: el Tego Calderón, Don Omar, Randy, Chencho y Maldy, de Plan B, De la Ghetto, El Father, Farruko, Los Cangrys, artistas que Juli escuchaba a los 12 años, cuando le prometía a su mamá que, alguna vez, iba a cantar con una estrella como Daddy Yankee.

“Hoy los chicos pueden empezar una carrera haciendo reggaetón, pero en ese momento ni había productores. Entonces armé Juli K, una banda de cumbia con reggaetón. Ese fue el primer paso para lograr algo copado. En Tucumán ya nos conocían y en Buenos Aires nos empezaron a conocer. Esa banda me dejó muy contenta”. Era lo que es Cazzu hoy, un antecedente. Tiene ese mensaje: “me veía como la chica rebelde que está al mando de la situación. Y me dio mucho aprendizaje: de cómo es el juego en un mercado totalmente desconocido. La frialdad, las cosas que tenés que enfrentar”, dice sentada en el camarín.

Conversamos en una pausa de la filmación de “Mi Cubana Remix”, una superproducción que reunió en una mansión de Villa Devoto a más de diez bailarinas, un cantante boricua llamado Eladio Carrión y a Ecko, Khea y Omar Varela, la joven crema de Nueva Records. Omar está por cumplir 20 años y tiene en su haber las bases

instrumentales de, por empezar, la primera trilogía de hits del trap nacional. “B.U.H.O.” (con Khea y Duki), “Hello Cotto” (Duki) y por supuesto “Loca”, el tema que cierra con un feat de Cazzu y hoy está en las 292 millo- nes de vistas. “B.U.H.O. fue una puerta importante”, dice Cazzu, “pero mi vecina no lo conoce. Por ahí no sabés qué es el trap, pero sí conocés ‘Loca’. Hace poco una ve- cina joven que siempre me atendía en el kiosco, me dice ‘vos sos Cazzu!’”. Y yo ‘por fin te saco una sonrisa’”.

En la casa de Julieta Cazzuchelli en Fraile Pintado, Ju- juy, se escuchaba folklore. “Mi mamá bailaba, mi papá era guitarrero. Mi hermana tenía condiciones para cantar, tenía talento”. El aval paterno instaló a las dos hermanas en Tucumán, con la condición de estudiar. “Me metí en cine durante tres años, claramente como un plan B por no poder hacer algo con la música. A escondidas de mi viejo, que nunca me cortaron nada, pero querían que estudie”.

Juli (“la Cazzu” como le decía el preceptor o como te- nía bordado en su campera de egresada) ya transitaba a su manera su propio camino en la música: “Yo sabía que que- ría cantar. Aprendí cantando folklore, pero mis amigos no eran tan del folklore. Así, tuve una banda de cumbia nor- teña, otra de santafesina y hasta un casi contrato que se derritió”. Julieta ansiaba buscar cabidas: ondas, movidas,

escenas. “Juli K me dio la luz verde, ver que podíamos. Pero estaba muy dolida por cómo se frustraban las cosas y le puse una lápida a la cumbia. Me decidí a hacer reggaetón”. Y, buscando a Cazzu, salió rumbo a Buenos Aires.

Hace unos años atrás, el trap era endogámico y casi de ghetto. Ahora tiene circuitos: fiestas con recitales incrustados en algún momento de la noche. Ciclos que se replican en Buenos Aires, Córdoba, Jujuy, Mendoza. Toda una generación de jóvenes -cantantes, beatmakers, videastas- entran y salen de este terreno fértil, promiscuo, recuperado, camaleónico, digital: aunque se pueden parecer, hay muchos estilos de trap dando vueltas, con diferentes cepas, como los vinos.

¿A qué suena? Una forma de resumirlo sería: una parte de rap, una parte de dub y, principalmente, una parte de electrónica. En este regreso del trap (que tiene un antecedente en el crunk, o el rap sureño, de los 90s) se ha revalorizado el sonido de la Roland 808, una máquina de ritmos que se discontinuó en 1983. Silencios y frecuencias graves bien pesadas y espaciadas. Melodías oscuras, emotivas, melancólicas y sintéticas. Justamente, a veces,

la voz del cantante también se enmascara con un procesador de audio, llamado autotune. Para algunos críticos, es una manera de corregir defectos en cantantes sin técnica. Para mí es el sonido más cercano a una voz en tiempo de algoritmos.

Las letras tienen que ver con la ruta de la juerga, del “egotrip” del rapero que se autolegitima, de la batalla hormonal, de pussys, de weed, de marcas de ropa de lujo, de la vida en el vip, el cachondeo y el lujo, el trapicheo. En muchas, subyace la angustia, un lamento existencial de criatura urbana. Estéticamente también: sus plataformas son audiovisuales. Sin embargo es material inestable y se modifica en cada ciudad donde suena. Un acento, una línea y ya está la diferencia.

El trap local avanza en tándem con la consolidación del reggaetón. Daddy Yankee y Ozuna, el artista consagrado y otro que se posicionó rápidamente como uno de los nuevos astros, cantaron en GEBA. Ese día de 2018, en camarines, Cazzu esperaba su momento para salir a preparar el ambiente con sus compañeros de Nueva Records. Minutos antes, recibía un mensaje de su mamá que le recordaba aquella visión, a sus doce años, cantando con Daddy Yankee. “Estoy viviendo un sueño”, se dijo

y salió a cantar bajo el cielo de Palermo. La esperaban miles de personas.

Para entender cómo se instaló el trap (...) hay que nombrar varios factores: la capacidad del sonido (...), y la consolidación del raggaetón como un género más cercano al pop que representa ya una esencia latinoamericana. Es el momento en que una generación que creció con el ritmo que surgió entre Puerto Rico y Panamá está empezando a hacer su propia música.

También podemos adjudicar el fenómeno trap al crecimiento de las competencias de freestyle en las plazas. Desde la espontaneidad de El Quinto Escalón en Parque Rivadavia, en el barrio porteño de Caballito, a la Batalla de los Gallos, avalada por Red Bull. Hace poco, en la final nacional transmitida desde el Luna Park con una audiencia de 50 a 80 mil espectadores online, algunos seguían la batalla, pero la mayoría esperaba a Duki, la gran estrella argentina. En ese mismo Luna Park se presentó Bad Bunny, un joven boricua que hace dos años era un desconocido y hoy está en el top del género. Eso no fue todo: Cazzu y Bad Bunny se dieron un beso de telenovela. Instagram en llamas.

Estamos en el VIP. Cazzu con los suyos, entre amigos. Muchos de los que forman el núcleo duro del nuevo panorama del trap están ahí. Es una especie de bienvenida a Duki y Ysy_A, recién llegados de romperla en España. Hace menos de tres años, Cazzu también estaba en Europa, con otro contexto totalmente diferente.

Cuando se instaló en Buenos Aires en 2015 empezó a moverse: “Llegué de Jujuy, dejé los bolsos y salí. Salí a ver cómo empezar y también necesitaba laburar. Tenía que ganar plata porque siendo mujer, eso de ‘grabar de onda’, siempre puede ser turbio. Hay que tener mucha cintura para manejarse”.

Consiguió un trabajo como diseñadora de imagen de una banda de cumbia turra, que se iba de gira a Europa. No los nombra, pero ahí aprendió otra vez con los dientes apretados: “Fueron situaciones desafortunadas. Pude ver gente que maltrataba su trabajo, su suerte. Me hubiese gustado estar en su lugar. Todo era más importante que estar en el escenario, y para mí nada importa tanto como eso”. De esa gira volvió bajoneada, pero con una certeza. “No sé qué era, pero sentía que toda esa amargura y maltrato, eran por algo. No sé... re volada,

como si me hubiese tomado un té de golondrina, tuve una sensación futurística: algo iba a pasar adelante, no sabía qué era”. Pronto todo empezó a tener sentido. Empezó a grabar temas y videos. El primero fue “Más”, que era como “un R&B con trap”, pero no quería hacer algo fake. Solo quería rapear.

—En ese entonces, salió tu mixtape “Maldade\$”, con una estética clara que remite a Kill Bill. Sé que sos fan del animé, pero ¿qué onda eso?

—Esa estética surgió después de hacer varias pruebas con mi amigo Imorv, que es quien lo diseñó... No sé si fue tan pensado pero es un estilo que representa fuerte lo que es Cazzu, un poco ruda, con ciertos dolores ocultos, versátil y lista para matar (metafóricamente jaja) a los enemys.

De esta generación también se dirá que no van a esperar un contrato para moverse. Lo que ganaba, Cazzu lo invertía en hacer videos, producciones y empezó a llamar la atención. “En ese momento lo conozco a Neo Pisteá, al Malajunta. Y todos me trataron con mucho respeto, algo que no me había pasado con el reggaetón. Haber conocido a Marcianos Crew, ser re fan de él y poder conversar. Poder llamar colegas a Fianru, a traperos que admiraba. Hoy todos se han consolidado”.

—¿Que pasó cuando la rompió “Loca”?

—Fue una locura real. Venía de trabajar con Cristian Kriz como beatmaker y después de sacar Killah, empecé cruzarme con mucha gente del ambiente trapero – rape-ro. En esas conocí a Omar Varela. Yo venía haciendo algo más R&B, y de pronto me presentan a Khea, que era un re bebé, pero tenía una voz tremenda. Me quería invitar a cantar un tema, y yo primero le dije que no, porque no hago temas con gente que no conozco. Pero, bueno, ese día nos conocimos más. Me mostraron “Loca”, que es un trap más chill, y lo hice así como R&B. Ese día que nos conocimos salió el tema y flipó.

—Vi un video que estás con Khea cantando “Loca” con Pablo Lescano. ¿Lo viviste con un poco de sabor a re-vancha con la cumbia?

—¡Hace muchos años no me ponía tan nerviosa de subir a un escenario! Y fue porque Khea prácticamente me obligó (risas). Fue re lindo. Él conoció a Pablo y hablaron de cantar juntos y yo solo estaba ahí, entonces Khea me pidió que lo segundee. Mi respeto y mi amor a la cumbia es eterno.

La noche y la canción terminan donde todo empezó: en el vip del boliche porteño. Cazzu, Duki, CRO, Soul G,

la joven guardia del trap está en su salsa. Los viajes a Colombia, los Luna Park, los festivales, ya se materializan en el futuro cercano. Cazzu ya sumó muchas millas.

“Estamos re pegados. Y a veces me quejo, porque quisiera poder estar tranquila económicamente... Y también hay mochilas extras que me puedo llegar a poner por ser mujer, que a veces me sacan de mi eje. Ya sabés, la sensibilidad, lo de siempre. Como mujeres hemos estado expuestas, esto pasa y es súper difícil”. Mira a sus compañeros y sigue: “Todavía no les tocó vivir lo que ya me tocó. A mí a veces me asusta, espero que todos sepan maniobrar. De momento, componemos, escribimos canciones. Estamos rebeldes con las disqueras, no queremos que se metan. Queremos ser nosotros”.



Pocas vivencias dejan sin palabras a una escritora, lo mismo que a una docente. Para Dolores Reyes, escritora y docente, eso le pasó en las marchas por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito. “La experiencia es tan potente que vuelve torpe cualquier relato”, dice la autora de *Cometierra* y cuenta las distintas razones que la vinculan con el pañuelo verde.

La ley de la calle

Dolores Reyes (escritora y docente)

Fecha de publicación: 18 de febrero de 2020

Estudié en un colegio secundario público de La Matanza. En esas aulas de los noventa, comencé a discutir intereses y reivindicaciones estudiantiles junto a mis compañerxs. Organizamos los espacios del centro de estudiantes, algunos ciclos, una pequeña revista. El asesinato del soldado Carrasco nos precipitó de las asambleas a las calles y así, juntxs, conocimos también las grandes movilizaciones y la represión policial.

De los que discutíamos y empezábamos a transitar nuestras primeras marchas, ningunx conocía el pañuelo verde. Nuestra posición pro aborto legal en la escuela era minoría absoluta. Pero nos juntábamos y la defendíamos con la pasión que nos daba estar convencidxs. Nosotrxs, que por educación sexual habíamos tenido un video sobre el desarrollo femenino (que era

la forma en que una empresa nos publicitaba sus toallitas), conversábamos sobre la necesidad de educación integral, anticonceptivos, también sobre la necesidad de defender la educación pública. Tratábamos de ganar a los pibes nuevos. Nos pienso ahora con ternura y pena, descubriendo la adrenalina de los primeros cuerpos pegada al pánico de los test: de embarazo, de hiv.

Mi primer pañuelo verde lo tuve mucho tiempo después, una amiga me lo trajo del Encuentro de Mujeres de Rosario. Desde entonces no nos separamos nunca. En algún trabajo que me pidieron que me lo quitara contesté que me lo tatuaba para el día siguiente... Y no me lo saqué.

Iban a tener que pasar más de dos décadas para que nuestra posición a favor del aborto legal ganara a la mayoría de lxs alumnxs. Ya no me tomo el Sarmiento con esos pibes, pero no saben la emoción enorme que es verlos llegar al Congreso.

Aunque yo ya no estuviera ahí, con el pañuelo verde como emblema y arma, el reclamo por la Ley fue ganando las mismas aulas que habitaba, también las asambleas, las movilizaciones, las calles, hasta las

puertas del Congreso. Porque, como se vio durante los debates de 2018, la tensión por el derecho a decidir tomó el Congreso mismo. En 2020 volvimos todas para tomar la posta y una vez más presentar el proyecto de la Campaña Nacional, pero hacia la victoria.

En 2018 tuve el año de militancia más fuerte de mi vida. Junto a las escritoras, nos nucleamos en Np Literatura (Nosotras Proponemos Literatura), hicimos decenas de acciones visibilizando, activando, debatiendo estrategias para lograr que el derecho al aborto sea ley. Fuimos “Criada” (representamos escenas de esa serie) dos veces, participamos en lecturas públicas, leímos un capítulo de mi libro Cometierra en un escenario de la Campaña Nacional por el derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, recitamos el poema de Thenon Por qué llora esa mujer, marchamos y nos cuidamos en cada una de las convocatorias para pedir por ese derecho. Nos maravillamos hasta las lágrimas en la vigilia de Diputados. Lloramos una tristeza profunda y amarga después de la votación en el Senado, cuando la cantidad de votos no resultaron suficientes. Sabíamos que ese rechazo significaba más mujeres muertas en

situación de aborto, muertes absolutamente evitables. Nos fuimos recuperando. Salimos de nuevo.

Mientras escribo estas líneas, a mediados de febrero de 2020, la justicia dictó sentencia contra el abusador de Lucía, la niña violada por su abuelastro a la que el sistema de salud la obligó a gestar negándole su derecho a abortar. Esto sucedió en Tucumán, una provincia donde no hay ley de Educación Sexual Integral. Por todas las Lucías en esos días salimos a ganar las calles de a miles. En nuestra lucha va su derecho a seguir siendo niñas y adolescentes sin violencias ni maternidades forzadas, derecho a desarrollarse protegidas, a elegir.

El odio a la sexualidad de las mujeres, la demonización de sus cuerpos, la ignorancia acerca de sus cuidados, la negación de educación sexual, el espanto ante nuestro placer, el horror a su capacidad de dar vida pero sobre todo, el horror a su poder de no darla se combaten con el diálogo abierto que es la implementación de la ESI (Educación Sexual Integral) y con

la libertad de decisión que da el acceso al aborto libre, legal y gratuito.

En los días previos a la nueva votación para que ese derecho sea ley salimos también por los cuerpos de las mujeres que nos faltan mientras otros se llenan los bolsillos a costas del aborto clandestino.

Sin ley, el aborto es una práctica prohibida pero que se realiza igual, la clandestinidad habilita el lucro en un espectro enorme que va desde las clínicas costosas a toda una variedad enorme de prácticas que ponen en riesgo la vida de las mujeres. Cada año se me acerca alguna chica que fue mi alumna y como puede me pregunta qué hacer, dónde hay más información -muchas ya han buscado en las redes-, dónde dar con médicos que no la juzguen. Tienen miedo y están solas, a lo sumo acompañadas por otras chicas de su edad.

Hay algo que se devela cuando estamos juntas. Es difícil ponerlo por escrito. Es el significado profundo de valorar y cuidar la vida de las mujeres y las cuerp@s

con capacidad de gestar. Tiene la forma de la fiesta, una euforia en verde purpurina que es amor, canciones, saltos, corridas, lucha de puño y pañuelo en alto.

De tantas marchas aprendí a ver eso que se escapa de los cuerpos de las chicas muy jóvenes cuando se abrazan, una magia que es solo posible cuando nos juntamos miles y miles: estudiantes, científicas, murgueras, trans, docentes, actrices, escritoras, cuidadoras, artistas, las que están sin trabajo e igual paran todas las ollas... Hijas, madres, hermanas, mujeres solas logran generar una experiencia tan potente que vuelve torpe cualquier relato: tenés que verlo. Tenés que venir, observar, cantar, oler, reírte, abrazar, mirar a las más antiguas, detenerte a escucharlas, respirar con otras. El camino ha sido enorme. Cada mujer movilizada es un triunfo y cada una de ellas sabe los miedos, presiones, amenazas laborales y dificultades que aborta para salir a ganar las calles con sus compañeras.

Me preguntaron muchas veces cómo es que teniendo siete hijxs milito por el aborto legal. No saben que vamos juntxs, no saben que nos encontramos allá, no saben lo que es escuchar “mamá”, levantar la cabeza y

verlxs rodeadx por sus amigxs en el candor de la marea verde. Esta pelea es también por sus vidas, sus decisiones, sus derechos.



Cuando deseamos ser madres, ¿cómo sobrevivimos al maltrato y la violencia? ¿Cómo recuperamos el protagonismo? La medicina tiene poder para decidir sobre el cuerpo de las mujeres con cesáreas innecesarias e intervenciones de rutina. A veces el personal de salud no recuerda nuestros nombres y nos llama mamá o mamita, como registran los testimonios de esta crónica. El parto respetado busca desnaturalizar la violencia obstétrica.

El parto es un hecho político

Leila Mesyngier (editora y docente)

Fecha de publicación: 14 de mayo de 2018

Voy por la semana 37 de embarazo. Acabo de entrar en la sala de parto. La partera me hace el tacto más doloroso del mundo. Sufro en silencio, se me caen las lágrimas.

—Está verde. Puedo ponerte el goteo pero podemos seguir 24 horas así. Y no te aseguro que dilates.

Siento pánico. Llamo al obstetra y le aviso que estamos listas para ir al quirófano. Ella estará lista, yo no. Caminamos juntas, yo con mi bata de hospital, ella con su ambo azul. Son 20 o 30 metros. Tiemblo. Me da la mano, me la dará durante todo el proceso.

Abrimos la puerta. La sala es impoluta, blanca radiante, llena de luces. Hace frío. Es la segunda vez que estoy en un quirófano. Un año atrás el mismo médico me operó un mioma subseroso más grande que mi útero: creció con las hormonas de un embarazo perdido en la semana 9 y había que sacarlo antes de intentar

otra vez. Llegué a él por recomendación de una amiga. Era el quinto médico al que iba: ninguno me había parecido comprensivo ni me había explicado suficiente. En una de esas consultas, un ginecólogo mediático que milita a favor del derecho al aborto me dijo:

—A mí todo tu deseo de ser mamá y lo triste que estás no me importa. Yo te voy a explicar lo que pasa de acá hasta acá.

Y dibujó algo que simulaba ser un cuerpo femenino: una raya por encima del estómago, otra sobre los cuádriceps. En el medio, la parte que a él le importaba: el órgano reproductor.

Otra vez me tocó uno que apenas escuchó el relato puso fecha para la operación. Nunca me preguntó cómo estaba ni se acordó cómo me llamaba. Menos intentó explicarme que uno de cada cinco embarazos no continúan.

Elegí al médico que me operó casi por cansancio, un poco por temor. La intervención fue en diciembre, antes de las fiestas. Anestesia completa, dos días de internación, hotelería de lujo, sin lugar para muchas preguntas. Tuve que llamar al médico por teléfono para que me diera el alta.

En la primera operación llegué al quirófano acostada, ahora entro caminando. Me subo a la camilla sola, me acuesto.

—La cosa es así: tenes que apoyar los brazos en los estribos y si te movés te vamos a tener que atar. ¿Está claro?

¿Atar? ¿De verdad me están diciendo eso? El anestesista me interrumpe el pensamiento.

Me incorporo, me explica que si me muevo no me hará efecto la peridural. No reconozco ese estado, me siento una muñeca de trapo. ¿Así era parir? Después todo pasa muy rápido. Me untan con pervinox, hacen pasar a mi compañero —la partera le dice que mire de costado porque estoy desnuda en la camilla con la luz encandilando mi cuerpo dormido y pintado de una sustancia oscura—. Él hace caso, creo. Ya no siento desde la cintura para abajo. Solo percibo que mi cuerpo se mueve para un lado y para el otro, como los autos cuando el mecánico prueba si funciona la suspensión. En esa distracción estoy cuando el anestesista, un hombre robusto de cuarenta y tantos, se me sube encima y me aprieta la panza desde arriba hacia abajo. ¿Qué es esto?

Después pierdo la concentración en el bebé y escucho el ruido de los instrumentos quirúrgicos, el movimiento de las por lo menos seis o siete personas que están del otro lado de la cortina que divide mi cuerpo en dos. Recuerdo apretarle la mano fuerte a la partera, el calor de los brazos de mi compañero sobre mi cabeza.

Hay experiencias mucho peores. La cesárea impuesta por comodidad del obstetra, la falta de respeto por el tiempo del embarazo, la prohibición de tocar al bebé cuando nace, la sala impoluta con luces de interrogatorio apuntando, las conversaciones ajenas sobre temas diversos, el anestesista subido a la panza. Las escenas se repiten en los relatos de las decenas de mujeres que entrevisté. A Carolina le confundieron el nombre durante el parto y la llamaron mamá, mamita, mami, gorda. A V. le rompieron la bolsa sin necesidad. A Natalia le hicieron una cesárea innecesaria (la Organización Mundial de la Salud sugiere un 15 por ciento, en hospitales públicos llega a más del 30 y en privados a más del 70). La episiotomía es rutina (la OMS

recomienda no hacerlas de manera rutinaria, en Argentina la cifra llega al 60 por ciento en primerizas). Y escasea la información: no te explican los procedimientos, deciden por vos, te dejan sola. La ley 25.929 de Parto Respetado sancionada en 2004 establece que las mujeres pueden atravesar el parto, parto y posparto acompañadas. Pero según el Observatorio de Violencia Obstétrica de Las Casildas, una de cada cuatro mujeres lo hace en soledad.

El primer hijo de Malena nació por cesárea. El bebé venía de cola y no hubo médico que se animara a intentar un parto vaginal. Ella fue la primera de su grupo de amigas en quedar embarazada y la información que consiguió fue a través del obstetra y de un grupo de maternidad respetada. Después de la operación quedó golpeada, como si hubiera tenido la culpa de no poder parir, como si no hubiera querido.

Dos años y dos meses después le pasó lo mismo con el segundo hijo: el bebé estaba en posición podálica. Pero esta vez la obstetra la esperó hasta la semana 40 y el parto se desencadenó con contracciones. Cuando ya estaba todo listo para la cesárea, en el quirófano del Sanatorio Anchorena, el anestesista la pinchó:

—Todavía siento las piernas —dijo ella.

—Estás asustada —le respondió.

La obstetra empezó a cortar y Malena pegó el grito de su vida. La entubaron y durmió durante el nacimiento de su segundo hijo.

Tres años después volvió a quedar embarazada. Ya no tenía expectativas: en Argentina dos cesáreas son una condena perpetua, aun cuando la OMS dice que no hay pruebas que lo justifiquen y recomienda intentar partos vaginales (PVDC). En los grupos de Facebook sobre maternidad las mujeres se incentivan unas a otras para lograr partos que respeten los tiempos fisiológicos de los cuerpos de mamás y bebés. Eso incluye el parto vaginal, la no inducción sin justificación, la no ruptura de bolsa sin necesidad y muy especialmente la elección de la posición durante el trabajo de parto y parto y el respeto por la hora sagrada. “Ningún procedimiento de observación del bebé justifica la separación de su madre”, dice la OMS. Cada parto después de una cesárea es un logro compartido y celebrado con cientos de comentarios y me gustan.

En las últimas semanas de embarazo la beba de Malena se colocó en el canal de parto. Si quería parir había

que hacer el trabajo en casa y llegar justo a la clínica. La segunda noche de contracciones, la partera la visitó:

—Tenés ocho de dilatación. Si querés tener un parto natural, podés.

Malena lloró.

Dos horas y un par de pujos después nació su tercera hija.

El parto como hecho político

María entró en el hospital y quedó conectada al suero, Sabrina peleó porque no quería tener puesto el monitoreo del bebé ni estar acostada. Desde esa posición el médico tiene la vista privilegiada en el momento del nacimiento y nos ordena qué hacer. Estamos embarazadas pero nos tratan como enfermas. Las mujeres que parimos sabemos que los avances científicos disminuyeron la mortalidad materna a cifras impensadas hace apenas cien años aún sin alcanzar las cifras que exige la ONU. La tecnología que usan los neonatólogos también redujo la mortalidad infantil.

Bárbara tenía fecha de parto para el 25 de diciembre. La obstetra, que fue su ginecóloga de toda la vida, la esperó hasta la semana 41. Durante los monitoreos previos ella no dilataba ni sentía dolor. La beba se

movía, la panza se puso dura pero nunca llegaron las contracciones de parto. El 28 la médica le dio un ultimátum: el fin de semana se iba de vacaciones. Le hizo tacto y apenas tenía dos centímetros de dilatación.

—Te recomiendo que te vengas a internar mañana y hacemos una inducción. El bebé está para parto y sino vamos a entrar en riesgo.

Bárbara le creyó: es la mejor opción, se dijo. La idea del riesgo asusta. Recién después del parto, ya con la beba en casa, pensó: “¿y si hubiese esperado unos días más? Por ahí ese no era el momento”. Pero la voz autorizada es de la médica. La familia que esperaba al primer nieto y al primer sobrino también presionaba: “¡Es la semana 40!”, decían todos. Bárbara y su compañero sintieron que eran ellos los que estaban decidiendo y el 29 de diciembre llegaron a la Maternidad Suizo Argentina. Nadie les explicó cómo es el proceso de inducción. Entraron en una sala que parecía un quirófano, “un lugar horrible”, frío, con luces blancas, gente con barbijos. “¿Acá voy a parir?”, pensó Bárbara.

—Desvestite y ponete la bata —le dijo una partera desconocida; la del curso estaba de vacaciones.

Cuando deseamos ser madres, ¿cómo sobrevivimos al maltrato y la violencia? ¿Cómo recuperamos el protagonismo?

Bárbara obedeció la orden y se acostó. El equipo médico puso en marcha el listado de procedimientos de un parto intervenido: le conectaron la oxitocina y el suero, le pusieron el monitoreo para controlar las contracciones y corazón del bebé. Después le pincharon la bolsa para acelerar. Le pusieron la pelela para hacer pis. La peridural llegó con ocho de dilatación, una hora antes del nacimiento.

Durante las seis horas que duró el trabajo de parto la obstetra iba y venía de la sala, la revisaron varios médicos, escuchó conversaciones sobre otros temas: se enteró que alguien se había olvidado el cargador del celular, que otro se iba de vacaciones en enero y que un tercero era aficionado al buceo.

Antes de que llegue el anestesista, la obstetra dijo:

—Mirá, falta un poco porque no terminó de bajar pero yo quiero que sea parto, esto va a ser parto. Yo ahora me voy a hacer una cesárea y cuando vuelva vemos.

Bárbara lo vivió como un ultimátum. Después ya

nadie le explicó, ella fue adivinando mientras le daban órdenes. “Ahora empezá a pujar. Cada vez que sientas la panza dura, pujá”. Cuatro o cinco veces alcanzaron para que nazca la beba. Por las dudas le hicieron una episiotomía de rutina.

“Mientras me cosían, entraba y salía gente. Yo estaba contenta porque había salido todo bien, estaba sana, la beba también. Estaba eufórica. Después pensándolo me pregunto ¿qué onda? No tiene por qué ser así”, dice.

Al final, antes de ir a la habitación, la obstetra la miró y le dijo:

—Te felicito, yo sabía que ibas a poder tener parto porque hay algunas que no quieren ni pujar.

Cuándo empezamos a parir acostadas, cuándo fuimos a tener hijos a una institución, cuándo cambiamos las parteras y matronas por los obstetras, cuándo nos sometimos al poder médico, cuándo decidimos acatar órdenes, cuándo naturalizamos la violencia. Desde cuándo necesitamos leyes y protocolos para combatir la violencia contra las mujeres dentro de la sala de partos.

Violeta parió a su primera hija en Colombia. Fue una cesárea de apuro: no por riesgo de vida sino porque el médico se iba de viaje. Las cicatrices sobre el cuerpo pesan como sellos que no se borran y marcan los destinos de muchas mujeres. A Violeta le costó recuperarse, más que de la cesárea, del primer encuentro con su beba. “Recuerdo estar en la habitación mirándola y diciéndome ‘ok, ésta es mi hija’. Era como tener que poner racionalidad y cultura donde tendría que haber instintos”. Ahí, justo después del atropello, comenzó para ella la militancia por el parto respetado. Y seis años después parió a su segunda hija en su casa. No hubo corridas ni intervenciones, sino una mujer y su compañero varón (que es partero) haciendo lo que soñaban. Nadie le puso un dedo encima, no hubo ruptura ni rareza en el encuentro. Fue como haber estado siempre ahí.

Violeta canaliza su experiencia en Las Casildas y Fortaleza 85, los espacios en los que lucha para que las mujeres puedan tomar sus propias decisiones. “Ingresaste en la institución caminando pero estás en una silla de ruedas. Y te enchufan un suero: eso ya muestra el poder simbólico, es el cordón umbilical que te ata a la institución. De la misma manera que la vida de tu

bebé depende de tí, a través del cordón umbilical, tú de aquí en adelante dependes de la institución. Y ahí quedaste. Luego te acuestan, te restringen el movimiento, estás mirando para arriba mientras los otros trabajan sobre tí. Lo que está pasando no tiene nada que ver contigo”, dice.

El rey Luis XIV de Francia quería presenciar el parto de sus hijos y ordenó a su esposa María Teresa de Austria que se acostara: sin saber que esa postura dificulta los movimientos, armó el escenario para tener una vista privilegiada. La aparición de obstetras profesionales desplazó a las parteras y desechó los saberes transmitidos por otras mujeres: los médicos estudian para salvarnos la vida. Las políticas higienistas de los Estados de fines del siglo XIX y principios del XX construyeron una forma “correcta” para los nacimientos. “El parto intervenido, medicalizado, es sólo un aspecto de la nueva concepción fuertemente biologista de la reproducción humana y de la salud humana en general. Y son las instituciones de la salud espacios en los cuales estos procesos encuentran su lugar”, explica la filósofa Laura Belli en *La violencia obstétrica: otra forma de violación a los derechos humanos*. No es casual,

para ella, que la aparición de la obstetricia como disciplina hace que las mujeres nos subordinemos al saber médico. La experiencia del nacimiento cambia de territorio: de la casa en las que las mujeres estaban rodeadas de otras mujeres se pasa a las instituciones de salud, donde hay profesionales, personas extrañas a la parturienta y una “idea de asepsia que se enfrenta” a la posibilidad de compañía.

La partera Raquel Schallman explicó el cambio: “hace 70 años las mujeres parían en su casa o en la de la partera, eso de los partos institucionales apareció después. El parto era una instancia fisiológica, como hacer el amor, como menstruar, así que ir al hospital no tenía ningún sentido. En la institución se diluye todo: el deseo, el amor, el placer. Diluyendo eso, la institución te garantiza que si hay un ‘quilombo’, entre todos se van a ocupar de hacerlo desaparecer”.

Si pensáramos en una genealogía del parto, necesitaríamos entender “cómo un hecho sano, fisiológico y que respondía a la vida íntima y familiar de esa mujer de pronto pasa a ser asunto de los cirujanos. Porque los obstetras son cirujanos y se forman en las universidades como héroes que salvan vidas”, explica Violeta Osorio.

Para el sistema médico hegemónico la salud equivale a que la mamá y el bebé tengan signos vitales: “lo que les importa es que no perdiste una pierna en el camino y que tu hijo está respirando. No tienen en cuenta ni la parte emocional, ni psicológica aún si saliste destrozada emocionalmente”.

Tengo miedo. Escucho conversaciones pero no sé de qué hablan. Apreto más fuerte la mano de la partera, levanto la mirada y mi compañero sigue ahí. La luz del quirófano encandila la escena: mi vida está a punto de cambiar.

—Es un rubio —dice el obstetra y alcanzo a ver la cabecita de F. saliendo de la panza.

Me lo apoyan por diez segundos y otra vez me advierten que no mueva los brazos ni lo agarre. Apenas pego mis labios a sus cachetes y se lo llevan. Siento las lágrimas caer por las mejillas pero no puedo secarlas. Partera y papá van detrás del bebé con una enfermera y el neonatólogo. Es parte de la rutina pero pido: “no le saques los ojos de encima”.

Yo sigo en la camilla, no siento la mitad del cuerpo. No sé cuánto duró lo que pasó después ni quién más está con el médico mientras me cose. Cada tanto el obstetra levanta la cabeza por encima de la cortina blanca y parece recordar que sigo ahí:

—Está todo bien, Leila.

Y vuelve a una conversación que recuerdo por el tono deportivo. ¿Hablaban de los cuatro goles de Messi contra el Osasuna o la victoria de Djokovic en el Abierto de Australia?

La única certeza es que me sentí sola.



Matias Ezequiel Martínez, el femicida de Úrsula Bahillo, tenía denuncias previas por amenazas, violación y una carpeta médica-psiquiátrica en la policía pero ningún área de Estado actuó a tiempo. Era un policía desarmado, sin actividades y obsesionado con una adolescente de 18. María Florencia Alcaraz recorrió Rojas en medio del duelo y habló con la familia, las amigas y funcionarixs. El cruce entre la violencia de género y la policial, la desolación de las amigas y una radiografía institucional: todo lo que podía fallar, falló.

El día que la vimos muerta

Florencia Alcaraz (periodista)

Fecha de publicación: 11 de febrero de 2021

— ¿S abés quién es ese pelotudo? El que mató a mi prima.

Los nenes no tienen más de ocho años y están frente al monumento de San Martín, intervenido con imágenes de Úrsula Bahillo y pedidos de justicia en forma de cartulina. El que habla señala con el dedo la foto del femicida: Matías Ezequiel Martínez está uniformado. El otro sólo escucha y a su alrededor el silencio ocupa todo el espacio público a pesar de que hay mil personas de todas las edades. Es el tercer día de concentración en la plaza central de la ciudad de Rojas, un pueblo en medio de la llanura bonaerense de casi 24 mil habitantes que hoy está haciendo un duelo a cielo abierto. La primera marcha fue el estallido del hartazgo y el reclamo de justicia ante el crimen; la segunda, la bronca

por el doble reclamo para cercar la impunidad ante la represión policial y la tercera, la despedida. El día que la vimos muerta: el cajón con el cuerpo de la chica acaba de llegar a la parroquia principal. El pueblo calla. Una chica empieza tímida un aplauso cerrado que acompañará la entrada del féretro. Todos y todas quedan inmóviles afuera ante la ceremonia religiosa.

Antes, Úrsula se había visto a sí misma muerta y se lo contó a su amiga Milagros Almirón, otra adolescente de 16 años. Mili fue su mayor contención en los últimos días. Ella vio cómo Martínez incumplía la última perimetral impuesta cuando lxs cruzó en Avenida Tres de Febrero y 25 de Mayo. Fue a contarlo a la Comisaría de la Mujer por pedido de Úrsula. Las amigas salieron de ahí con un papel que “podía servir para el juicio”. Hoy Mili siente culpa por haber denunciado, porque al día siguiente, el 8 de febrero de 2021, a Úrsula la encontraron atravesada por al menos 15 puñaladas y ella cree que puede haber sido una represalia.

“¿Sabés qué? Yo me siento responsable de lo que pasó, porque la cabeza funciona así. Te hace sentir culpable. Después me doy cuenta que no, que yo no tuve nada que ver”, dice sin dejar de temblar. Está sentada

en la vereda del Hospital María Unzué de Alvear. No se mueve más allá de ese punto en el pueblo. No puede pasar ni cerca de la casa donde vivía Úrsula. No fue a la sala velatoria ni a la Iglesia, tampoco a la plaza y mucho menos al entierro en el cementerio privado que eligió la familia. Hace un día que no come, no duerme bien y no se baña. Atiende los llamados de periodistas porque siente que esto que está pasando “se tiene que viralizar”. Con una conductora de televisión se enojó: le pusieron los audios de su amiga al aire y ella se sacó el retorno. Su último mensaje con Úrsula fue: “Me muero si por no acompañarte te pasa algo”.

La historia se repite como el perro que gira en círculos y no se atrapa el rabo. Sólo que el recorrido que hacen las pibas en ese círculo al que entran cuando piden ayuda es cada vez más frenético. Para salir del círculo de la violencia machista, entran en otro de violencia institucional cuando todo falla. Cada vez tienen mayor conciencia de cómo la violencia y la burocracia son una dupla que atenta contra sus vidas. Ellas cambiaron en los últimos años, son una generación que se hizo de herramientas y recursos pero del otro lado se encuentran con estos varones que insisten con la violencia.

Antes de la despedida colectiva de la iglesia, las amigas y vecinas de Úrsula y parte de su familia desfilaron por la casa velatoria Solari en un adiós más íntimo que empezó a las dos de la tarde. Dos adolescentes llevan flores, hacen la fila y esperan, pero cuando llega el momento de entrar, desisten. Nunca estuvieron en un velorio y no quieren ver en Úrsula la amenaza latente que ahora pesa sobre sus vidas, el femicidio de otra piba tan cerca. “El cajón está abierto y yo no la puedo ver así”, dice una de ellas.

Otro grupito de amigas sentadas en el ventanal de una casa solo espera con las miradas perdidas en la nada cuando se larga a llover.

Ninguna piba debería pasar el verano de gira entre comisarías y fiscalías para pedir ayuda. Las denuncias formales de Úrsula fueron al menos tres. El 9 de enero, el 28 de enero -acompañada por su mamá, Patricia Nassutti- y el 5 de febrero de este año denunció a su ex pareja por los delitos de amenazas y desobediencia en tres expedientes distintos que quedaron en manos del magistrado Luciano Callegari del Juzgado de Paz local, del fiscal Sergio Terrón de la UFI 5 y la Ayudantía

Fiscal de Rojas, Nora Fridblatt, y de la UFI 3, respectivamente. “Nunca creí estar denunciando a alguien por violencia de género. Quiero ser la última”, escribió la adolescente en twitter.

De las tres presentaciones iniciales se hicieron dos ampliaciones: el 9 de enero la madre hizo la denuncia en la Comisaría de la Mujer y el juzgado de Paz le otorgó una medida perimetral y el cese de hostigamiento. El 1 de febrero la madre volvió a denunciar pero el juez la desestimó. Cuatro días después Úrsula fue a la Comisaría de la Mujer y lo denunció por desobediencia de medidas y amenazas. Los dos días siguientes amplió sus denuncias ante la ayudantía fiscal, la Comisaría y el juzgado de Paz.

A pesar de que el futuro femicida había desobedecido tres veces, ningún área tomó medidas al respecto. En su última denuncia Úrsula había pedido el botón antipánico, pero en el Municipio de Rojas no se lo dieron porque no contaban con esos dispositivos en funcionamiento, y según el área de Género y Diversidad local no habrían recibido el oficio judicial con el visto bueno.

El 8 de febrero Martínez fue citado por la Ayudantía Fiscal para exponerle las medidas en su contra y advertirle acerca de las consecuencias de transgredirlas. Ese mismo día mató a Úrsula. Ese mismo día desde el Municipio vieron el correo en el que autorizaban el botón antipánico desde el Juzgado de Paz. Todo lo que podía fallar, falló. Todo lo que podía demorarse se ralentizó.

En el país que gritó Ni Una Menos e hizo de esa causa un movimiento social transnacional, a tres horas de la Ciudad de Buenos Aires, los Juzgados de Paz no tienen guardias los fines de semana. Sábados y domingos son días de desprotección total. Las únicas que evaluaron el riesgo fueron otras pibas como la propia víctima, sus amigas y su familia. Las redes feministas están de guardia 24×7 pero el denunciismo es una estrategia que se instaló en los últimos años como única forma de pedido de ayuda. ¿Sabrán las pibas que en distintas áreas del Estado hay feministas que quizás pueden darle una respuesta distinta a la Policía? ¿Pueden esas feministas dar otras respuestas a las conocidas? ¿Hay otras respuestas posibles?

No había llamadas a la línea 144, que podría haber actuado evaluando el riesgo con mayor rapidez que la

policía. Tampoco se registraron pedidos de intervención de parte del área de Género y Diversidad de la localidad de Rojas. Ese espacio fue creado por insistencia del Ministerio de Mujeres, Políticas de Género y Diversidad de la provincia de Buenos Aires. Cuenta solo con dos personas en su plantel y no tiene presupuesto propio. Para 2021 no existe dinero asignado a este área, según las organizaciones locales. Y la mesa de asistencia a víctimas tiene como presidente a un varón psiquiatra que cuenta con denuncias por violencia machista y que también coordina la Mesa Local Intersectorial en la prevención, atención y salidas de las violencias por razones de género. El círculo frenético del perro mordiéndose el rabo con varones como guardianes de esa dinámica.

—No puedo resistir que ninguna de nosotras lo vio — dice Andrea Tamasi, de la organización comunitaria de Rojas, La Casa de Todas—. No me lo puedo perdonar. Podría haber llamado al 144 porque el funcionamiento de la justicia y de cómo actúa la policía acá ya lo conocemos. Tiene que haber una asistencia comunitaria. Resolver más allá de los mecanismos y los tiempos del Estado.

Más allá de las denuncias de Úrsula, las agencias y responsables estatales contaban con otras alertas. El 18 de febrero Martínez ya tenía fecha para declarar en el Juzgado en lo Correccional 1 departamental, en el marco de la causa por el delito de amenazas calificadas contra una ex pareja, Belén Miranda, que se remonta a 2017.

La cantidad desmedida de efectivos en el territorio bonaerense es una herencia del gobierno de Daniel Scioli. Desde 2005 hasta 2015 la presencia policial en la provincia casi se duplicó: pasaron de ser 48 mil efectivos a 95 mil. Martínez es uno de estos tantos que comenzó su carrera como policía en septiembre de 2015 y cosechó un acumulado de sanciones, traslados y carpetas. Según Asuntos Internos de la Bonaerense, durante la gobernación de María Eugenia Vidal tuvo un sumario por violencia machista que no se resolvió en tres años. A mediados de 2020 Asuntos Internos abrió una carpeta médica-psiquiátrica contra él por desobediencia a una superiora que lo colocó a hacer tareas administrativas. Ante un traslado, Martínez la amenazó: “Si me trasladan, tiro una bomba”.

Mientras cursaba ese trámite, al área de Asuntos Internos llegó que tenía una denuncia penal por violación a una nena de 14 años con discapacidad en la ciudad de 9 de julio, el destino donde había sido trasladado y había formado pareja con una agente policial, Florencia Veloz. Entonces se inició una nueva investigación administrativa y disciplinaria. A comienzos de septiembre una Junta Médica decidió que había que retirarle el arma por el protocolo vigente en Buenos Aires y a finales de ese mismo mes se determinó que no podía cumplir ninguna tarea: lo enviaron a su casa porque no estaba en condiciones de prestar servicio. Era el paso previo para desafectarlo, pero no lo llegaron a hacer. En plena pandemia, un policía desarmado y sin actividades, obsesionado con una chica de 18 años, es un cabo suelto que abre una zona de riesgos que nadie registró.

La crisis por el coronavirus fue la excusa para demorar pericias en la causa por violación. Martínez estaba cada vez más cercado y al borde de todo pero a la vez sin ningún control. Recién a mediados de diciembre una Cámara Gesell validó el relato de la víctima de

violación que tramita en la Fiscalía 2 de Mercedes. El fiscal Sebastián Villala pidió su detención dos veces: en enero y febrero de 2021. La primera no fue ratificada por el Juzgado de Garantías. El último pedido de detención fue el 4 de febrero pero nunca se concretó. Fue cuatro días antes del femicidio de Úrsula: Martínez tenía que estar privado de su libertad pero no lo estuvo.

—Vine a pedir justicia y así quedé—dice Jonathan Maidana y se levanta la remera para mostrar las marcas de la violencia estatal. No puede abrir el ojo derecho. Tiene el cuello lastimado, entre otros cortes y casi no puede mover el brazo. El lunes después del femicidio salió a las calles: terminó golpeado con la culata de la escopeta, esposado y detenido durante siete horas. Tiene 16 años.

En la Escuela 1 Domingo Faustino Sarmiento de Rojas se montaron los Ministerios itinerantes: el Ministerio de Mujeres, Políticas de Géneros y Diversidad, junto con el de Justicia y Derechos Humanos de la provincia ocuparon el espacio para tomar testimonios de la represión del lunes 8, cuando Rojas salió a manifestarse para reclamar justicia. La mayoría son pibxs que llegan acompañadx por sus madres o por amigas.

Entran a las aulas para dar testimonio. Todavía no se determinó qué fuerza comenzó la represión porque la policía de Rojas había pedido refuerzos a pueblos vecinos y estaban actuando distintas fuerzas de seguridad y grupos especiales.

Nerina tiene 20 años y casi pierde el ojo por un balazo de goma a muy corta distancia. Estaba de brazos cruzados frente a la comisaría. También está en la escuela dando su testimonio. “No olvidemos a Úrsula porque esto pasó en Rojas, en un pueblo donde nadie pensaba que podía pasar”, dice.

En total, ese lunes hubo ocho personas detenidas, cuatro de ellas menores de 18. Hasta el miércoles todavía algunas estaban privadas de su libertad.

Las funcionarias feministas van desde la escuela devenida espacio de escucha al velatorio. Están Flavia Delmas, subsecretaria de Políticas contra las Violencias por Razones de Género; Lucía Portos, subsecretaria de Políticas de Género y Diversidad Sexual, y Agostina Belastegui, directora de Intervención en Situaciones de Alto Riesgo y Casos Críticos, todas del Ministerio de las Mujeres, Políticas de Géneros y Diversidad Sexual de la provincia de Buenos Aires. El miércoles también

llegó a Rojas Carolina Varsky, subsecretaria de Programas Especiales del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación. Tuvieron reuniones con el intendente cambiemita de Rojas, Claudio Rossi, que decretó tres días de duelo y para “entender el caso” se armó una línea de tiempo en su despacho.

“Interseccionalidad”, “Interministerial”, “situado” y “territorialidad” son títulos bonitos para planes y programas pero se ponen en juego en la urgencia y ahí funciona con personas a la altura. En la diaria la burocracia estatal gana la disputa con funcionarios y responsables en el Estado que continúan viendo desde una mirada cenital. Es urgente una reforma judicial con más funcionarixs que miren al ras del suelo, cerca de los problemas reales, y con perspectiva feminista. El camino de las feministas en el Estado tiene un recorrido pero nunca es suficiente.

En la plaza central hay un Banco Rojo, de los que se pintan como símbolo del femicidio. Nadie se anima a sentarse ahí.

Ahora que todo estalló las comisarías de Rojas fueron intervenidas y Asuntos Internos está haciendo “auditorías preventivas” en las dependencias. Además de un tío policía, las amigas de Úrsula dicen que Gabriela Peralta, titular de la Comisaría de la Mujer, está en pareja con un primo de Martínez. Si hay algo más corporativo que el patriarcado ese algo es la institución policial.

Sergio Berni, Ministro de Seguridad bonaerense, había sido uno de los primeros funcionarios en arribar a Rojas. Sus laderos se instalaron en la casa de la familia de Úrsula y no se separaron de ella. Llevaron el cajón cuando se hizo la despedida. Hay respeto a la institución policial en esta familia: el abuelo de Úrsula fue un uniformado.

A pesar de que hacía siete meses que el hostigamiento y los maltratos iban in crescendo, Úrsula mantuvo al margen a su familia porque las amenazas de Martínez también iban dirigidas a su mamá y su papá. El lunes por la noche cuando no contestó el celular, su padre Adolfo Bahillo cerró el negocio de comidas que tienen en el pueblo a las 21.30. Tenía un mal presentimiento. Todavía no lo volvió a abrir.

El cuerpo de Úrsula lo encontraron el lunes, cerca de las 20.30, a unos veinte minutos de Rojas, entre unos pastizales en un paraje a la altura de Guido Spano. Había llegado viva hasta ahí en el Peugeot 307 gris que manejaba el policía. La búsqueda llegó hasta ese lugar porque Martínez llamó a su tío y le confesó que “se había mandado una cagada”. Cuando la policía arribó se encontró con la adolescente asesinada y el agresor herido en su auto en un charco de sangre. Él primero intentó escapar a pie por los pastizales, pero fue reducido y arrestado. Dentro del auto había una cuchilla de carnicero con mango blanco y manchas hemáticas: creen que fue el arma homicida. Martínez asesinó a su ex novia de al menos 15 puñaladas y con el mismo arma se autoprovocó una serie de lesiones en un intento de suicidio o para fingir un ataque. Está detenido en un destacamento en Conesa, sobre la ruta 188, partido de San Nicolás.

En el bar de la esquina de la plaza principal de Rojas son las 19 horas del miércoles y todavía no hay hielo para

la bebida. Solo varones sentados en las mesas. En la televisión transmiten el entierro que ocurre a unas cuadras.

—Te voy a extrañar, hija. Pero voy a hacer justicia— fue lo último que le dijo Patricia Nassutti a su única hija en la despedida en el cementerio. La mujer estuvo todo el tiempo agachada ante los pies del cajón. Antes de retirarse pidió que lo acomodaran porque estaba un poco torcido.



En octubre de 2016, Higuí se defendió de un intento de violación y uno de los agresores terminó muerto. La acusaron de homicidio: ni fiscales ni jueces aplicaron el marco jurídico de violencia de género, negaron la violación. La disputa no se basa en los hechos sino en su identidad de género: es lesbiana, con una expresión de género masculina. Desde entonces hasta hoy, a la espera del juicio oral que la absuelva, su defensa es abrazada por lesbianas y feministas de todo el país.

Por pobre, lesbiana y masculina: justicia para Higuí

Luciana Sanchez (abogada)

Fecha de publicación: 13 de junio de 2017

Los hechos

Era sábado, día de la madre. Higuí estaba de visita en su viejo barrio; pasó por la casa de unas amigas a saludar. Venía de tomar unas cervezas, y se tomó una más hasta que vio a C.R.E., un joven hijo de una conocida, con quien ya antes había tenido “problemas”. Cuando C.R.E. salió al almacén con su sobrino y su cuñado, Higuí aprovechó para levantarse e irse.

C.R.E. volvía del almacén enojado, discutiendo con su sobrino F.M., lo empujó y le pegó una piña. Su cuñado, S.R.D., trataba de calmarlo llevándolo para la esquina.

En su camino hacia la salida por un pasillo, Higuí y C.R.E. se cruzan. C.R.E. la insulta:

—Te voy a hacer sentir mujer, forra lesbiana—. La golpea y tira al suelo.

En ese momento, Higui cuenta que le llueven golpes: “era más de uno”. Durante el ataque, cuando C.R.E. rompe su “...pantalón y el bóxer en la zona vaginal, ya no aguanté más las patadas, no sé de dónde saqué coraje y saqué la cuchilla que tenía entre medio de mi pecho, ahí atiné a levantar la cuchilla para que me deje y se ve que le di. Fue todo muy rápido”.

Entonces el ataque se detiene, Higui se desvanece y C.R.E. queda tirado en el suelo, muerto. Higui se asusta y se va un par de metros hacia el fondo de la casa. S.R.D. trata de auxiliar a C.R.E., se saca su remera para comprimir la herida y pide ayuda.

Un detalle

Un detalle. Higui es lesbiana, con una expresión de género masculina. Le encanta jugar al fútbol, se llama Higui por el afrocolombiano René Higuita. La campaña por su libertad y absolución incluye fotos suyas, dragueada de René Higuita.

Además, Higui es unx chongx de barrio. Es jardinerx, hace changas, y hace rato viene aguantando la

violencia lesbotransodiante en el barrio donde nació. Hace unos años, allí mismo, en un ataque similar recibió por lo menos tres puntazos en la espalda que aún lo comprueban sus cicatrices. Y antes prendieron fuego su casa y mataron a su perro. Por menos, Charles Brondson o el Ingeniero Santos hubieran hecho una masacre. Higui solo se mudó de barrio.

El caso judicial

En los casos judiciales, con frecuencia, los hechos están en disputa. Qué sucedió, quién es la o el autor del crimen. Pero en cuanto a lo que sucedió y cómo, en la causa donde Higui es imputada por el homicidio de C.R.E., están de acuerdo todas las partes: la acusación, la defensa, lxs juezxs.

La disputa judicial y social no es sobre los hechos, ni sobre la autoría o el motivo, sino sobre la identidad de género de Higui. El caso judicial expone de manera esquemática el proceso social y trayectoria de las lesbianas con expresión de género trans masculinas y los varones trans racializadxs, quienes viven en pobreza.

Los atacantes

La posición de los atacantes es encarnada por el discurso de S.R.D., quien estaba con C.R.E. cuando se encontraron con Higui.

S.R.D. y C.R.E. conocen a Higui de hace muchos años, y saben que es lesbiana.

S.R.D. no niega los insultos ni que el pantalón de Higui esté roto en sus genitales, y admite la golpiza que le dieron entre él y C.R.E. Lo que S.R.D. niega es que C.R.E. haya intentado violar a Higui: dice que cuando se encontraron Higui lo apuñaló por sorpresa, y que la caída y los golpes vinieron después.

La imagen de Higui que propone S.R.D. es potente, porque se apoya en prejuicios sociales profundamente arraigados respecto a que las lesbianas masculinas odian a los varones y son violentas, y si además son negras, andan matando a sangre fría.

La intimidación física por una lesbiana con expresión de género trans masculina fue el argumento que usó en su defensa el asesino de Pepa Gaitán.

Además, la potencia del argumento sobre la inexistencia del intento de violación se asienta en el prejuicio

heterosexual por el cual un varón joven no necesita violar una vieja marimacha.

El Poder Judicial

El Poder Judicial y la policía tratan a Higui la mayor parte del tiempo como si fuera un varón heterosexual cis (el término alude a las personas que no son trans).

Higui es detenida en el lugar de los hechos de inmediato, acusada de homicidio, y encarcelada. No se sigue el protocolo para la atención de víctimas de violencia sexual vigente desde hace una década en la provincia de Buenos Aires.

Le dan un tratamiento duro, “de macho”, no la llevan al hospital por sus evidentes heridas en el rostro y cuerpo, la desnudan en la comisaría frente a policías y testigos varones, y otro preso varón le presta ropa para cambiarse cuando incautan la suya.

Los fiscales y jueces no aplican al caso el marco jurídico de violencia de género, le dan prisión preventiva efectiva. Este trato judicial tiene el doble resultado de humillar a Higui y avalar el relato de los

atacantes, ya sea en el sentido de negar la violación o invisibilizarla.

Esta respuesta judicial es potente, porque se basa en el prejuicio respecto a que las lesbianas masculinas quieren ser varones. La justicia responde a Higuí: “Si querés ser un varón, te vamos a tratar como un varón”. Y entre varones no hay violación.

Luego, lxs fiscales y juezxs evalúan el argumento de que Higuí haya matado a C.R.E. en defensa propia, pero lo descartan. Que C.R.E. haya golpeado e intentado violar a Higuí no es motivo suficiente para haberlo matado.

Las lesbianas y feministas

En los meses que pasó detenida hasta hoy, la defensa de Higuí es abrazada con intensidad por el movimiento de lesbianas y feministas de todo el país. Sostuvieron una urgente campaña por su liberación y absolución.

Esta campaña tiene muchos ejes, aunque es posible identificar como idea estructurante que el hecho de que C.R.E. haya golpeado e intentado violar a Higuí sí es motivo suficiente para haberlo matado.

Constituye un desafío porque alimenta la fantasía heterosexual de que las lesbianas vamos a salir a matar varones. Esta fantasía a la vez es magnificada en el caso, por el hecho que Higuí mata a C.R.E. en los actos iniciales de ejecución de la violación, realmente ejerce una defensa, su defensa es efectiva, y abre el espectro de lo preventivo.

Más controvertido aún es el planteo respecto a qué puede defenderse usando violencia letal. Las acciones de C.R.E. y S.R.D. contra Higuí combinan violencia física, psicológica y sexual, y se enmarcan dentro de un crimen de odio llamado violación translesbofóbica, un “delito de odio en el que una persona es violada debido a su orientación sexual o de género percibida, buscando que como consecuencia de la violación se ‘corrija’ la orientación de la persona o se consiga que ‘actúen’ de manera más conforme a su género”, según la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Lo más relevante en este sentido es la frase que le dice C.R.E. a Higuí en el ataque: “Te voy a hacer sentir mujer, forra lesbiana”. Pero incluso si ese dicho no hubiera existido, los demás datos del caso son consistentes con este enfoque.

Conclusión

El imaginario que construye a varones cis heterosexuales como víctimas de lesbianas negras masculinas no tiene correlato con la realidad. Pero sí tiene un correlato judicial.

En los casos donde las personas atacadas son mujeres heterosexuales, amas de casa, madres, la Corte Suprema de Justicia de la Nación y otros tribunales reconocen y consagran el derecho a la legítima defensa, incluso el uso de fuerza letal contra el/los agresor/es, ya sea durante un ataque o después; ya sea un ataque sexual o no.

En estos casos, los tribunales sostienen que una violación comienza en los insultos y agresiones, y no en la conducta sexual directa. Asimismo, que es legítimo defenderse de una violación desde su inicio, no es necesario esperar a estar toda golpeada y abusada. Y que en estas situaciones, es legítimo matar al agresor.

Si Higui fuera una mujer heterosexual, ama de casa o madre, no hubiera pasado tiempo en prisión o ya habría sido sobreseída. Paradójicamente, si Higui fuera

un varón heterosexual cis y argumentara que otro varón (gay) quiso violarlo y por eso lo mató, se consideraría justificado.

Pero es una lesbiana negra, masculina, que defiende su libertad sexual.

Hoy Higui está en libertad. La Cámara de Apelaciones y Garantías de San Martín dejó a Higui en libertad por medio de una excarcelación extraordinaria.

Pero sigue procesada por el delito de homicidio. Esto evidencia que aún no han siquiera comenzado a considerarse por los tribunales los estándares vigentes de derechos humanos que son obligados. El juicio por su absolución estaba previsto para mediados de 2020, pero se postergó por la pandemia. Todavía no se asignó una nueva fecha.

Post data

El 8 de octubre de 2016 Lucía Perez, una adolescente de 16 años, es secuestrada, violada y asesinada brutalmente por dos varones en Mar del Plata. A uno de ellos le había comprado “droga” el día anterior.

El 11 de octubre Marcela Crelez, 54 años, es degollada por su madre de 70 años. Vivía en Isidro Casanova, atrás de la casa de su madre, junto a su mujer, médica.

El 14 de octubre, tres femicidios: María Magdalena Ramírez, asesinada por su amante en Córdoba. Marilyn Méndez, 3 meses de embarazo, acuchillada por su ex pareja en Santiago del Estero. María Elisa Acuña, 63 años, asesinada a hachazos por su marido de 74 en Los Hornos. Ella era infiel. Él se suicidó.

Ese día, el 14 de octubre de 2016, #NiUnaMenos convocó al Paro Mundial de Mujeres.

El 16 de octubre Higui de Jesús, 42 años, lesbiana, jardinera, sin hijos, mata de una puñalada en el pecho a uno de los dos varones que intentó violarla en San Miguel.

En total fueron 39 femicidios en octubre de 2016. Uno cada 19 horas. Quizá podrían haber sido 40, si Higui no se hubiera defendido.

El juicio contra Higui, en el que se espera lograr su absolución, todavía no tiene fecha de inicio. Estaba previsto para febrero de 2020, luego fue reprogramado para agosto de ese año pero la pandemia no lo permitió.



Autorxs

María Florencia Alcaraz (periodista)

Nació un sábado de junio. Estudió cine, Ciencia Política, educación. Se recibió de licenciada en Comunicación en la Universidad de La Matanza. Entre 2013 y 2015 trabajó en Infojus Noticias, Agencia Nacional de Noticias Jurídicas. Hizo radio en el mismo período en Nacional Rock abordando temáticas judiciales, violencia institucional, violencia de género y policiales desde una perspectiva de derechos humanos. En 2014 la legislatura porteña le otorgó el premio Lola Mora en medios digitales. Integró el colectivo Ni Una Menos. Da talleres de periodismo feminista junto con Agustina Paz Frontera. El 8 de marzo de 2017 lanzó LATFEM, medio de comunicación feminista nativo digital donde es editora y directora.

Ángeles Alemandi (cronista)

Nació en la provincia de Santa Fe, estudió Comunicación Social en la Universidad Nacional de Entre Ríos, vivió siete años en CABA, en 2014 se mudó a un pueblito pampeano. Al principio temió que esa llanura amarilla se la tragara. Después descubrió que el paisaje es un estado de ánimo y dejó de ser Ada, el personaje de un cuento de Federico Falco que abandona Capital para irse a vivir con su marido a una lugar desolado y no se explica cómo eso se llama vida, para sentirse Elbio, el marido que puede casi ser feliz con pararse en el medio del campo dejando que el viento le infle la campera. Ha publicado en *Revista Orsai*, *Espacio Angular*, *Hecho en Buenos Aires*, *Cosecha Roja*, diario *El Litoral* y *Textual*, entre otros. Fue finalista del concurso Crónicas Interiores en 2014, del Premio Leamos en 2018 y del Crónica Patagónica en 2019. Obtuvo una Beca Creación del Fondo Nacional de las Artes para trabajar en crónicas pampeanas. En 2020 publicó su primera novela: *Rally de santos*, editada por La Parte Maldita. Escribe una columna acerca de la literatura y la vida en *Relatto*.

Mariano Del Águila (periodista y DJ)

Es conector cultural, sherpa festivalero y djournalista conocido como Dj Campeón. Ha sido programador musical en la Usina del Arte y Niceto Bar, y curador de los escenarios de música urbana en los festivales Provincia Emergente y Ciudad Emergente. Como periodista escribió el libro *Familias Musicales* (sobre los géneros tropicales en Argentina) y colaboró con *GUÍA REC*, *Rolling Stone*, *tipográfica*, *Brando*, *Ringside*, *Time Out* y *ViceAR*. Formó parte de la primera redacción del diario *Deportivo Olé* y de la última del suplemento *Sí!*, dedicado a la cultura joven. Es entrenador de boxeo (FAB) y produce los encuentros Alto Techo y Drum & Boxx, instalaciones que giran alrededor del arte y el pugilismo. Nació en Villa Urquiza y ya se mudó más de 20 veces.

Erika Halvorsen (escritora y guionista)

Es patagónica tercera generación de NYC (nacidos y criados) en la provincia de Santa Cruz. Sus amigos la llaman Keka.

Egresada de la licenciatura de Dirección Escénica del UNA, no se dice Licenciada porque se resiste a presentar la tesina de veinte páginas que le otorgaría el título –aunque escribe muchas más páginas diarias para series de televisión– una muestra más de su desobediencia a las instituciones y a los trámites burocráticos. Guionista y productora ejecutiva de la serie *El fin del amor*. Autora de dos novelas que fueron llevadas al cine: *El Hilo Rojo* y *Desearás*. En 2019 publicó *What's up mamá*. Para televisión escribió *Amanda O, Amar después de Amar (ADDA)* en coautoría con Gonzalo Demaría y *Pequeña Victoria*. Escribió y dirigió más de una docena de obras de teatro entre las que se pueden mencionar *Hija de Dios*, *Ser Ellas*, *Bisnietas*, *Happyhour*, *Yo me lo guiso yo me lo como*, *Next*, *Vic y Vic*, etc. Le tiene fobia a la tipografía Times New Roman y a prestar la lapicera. No sabe cuál es la izquierda ni la derecha y nunca aprendió a leer planillas de excel. Pero la página en blanco le resulta tan lúdica y familiar como esas montañas nevadas por las que se deslizaba con sus esquíes cuando era una niña. Su biografía no autorizada dice que se comió a un mellizo estando en la panza de su mamá pero no existe manera de chequear esa información.

Miriam Maidana (psicoanalista)

Era una *ricotera* cuando no se hablaba de *ricoteros*. Sacaba entradas con un mes de anticipación para ir a un teatrito en San Telmo, compró *Gulp!* dos meses antes de que el disco estuviera en las disquerías, comió redonditos de ricota cocinados por el Profe, se bancaba los larguísimos monólogos de Symms, vio a Monona en pelotas, los shows delirantes de las Bay Biscuits. Hasta que en un show en el estadio de Obras, ese en el que la policía se llevó a Walter Bulacio, vio cómo le pasaban botellas por encima de la cabeza, cómo las mujeres eran manoseadas: se preguntó quién cuidaba al público. Y no fue más. Pero siguió y sigue escuchando punk y rock. Es psicoanalista. Trabaja en un hospital del Gran Buenos Aires, es docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires e investigadora (UBACyT). Tiene un consultorio en el barrio porteño de Almagro. Su tema de investigación de doctorado es “Inscripciones y marcas en el cuerpo: tatuajes, perforaciones, expansiones”. Estudia y escribe de noche. Además de textos para su carrera, Maidana escribe columnas en *Cosecha Roja*. Ama el invierno. Y no para de acumular libros: en el futuro los leerá a todos.

Leila Mesyngier
(editora y docente)

Estudió Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires y Periodismo en TEA. Cursó la maestría en Antropología Social en Flasco. Da clases en la Maestría de Periodismo Narrativo de la UNSAM y en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Fue editora general de *Cosecha Roja*, donde desarrolló la Beca Cosecha Roja. Es coordinadora editorial de *Revista Anfibia* y conductora del podcast *El Deseo de Pandora*. Investiga sobre violencia obstétrica y maternidades.

Dolores Reyes
(escritora y docente)

Nació en Buenos Aires en 1978. Es docente, feminista, activista de izquierda y madre de siete hijos. Estudió letras clásicas en la Universidad de Buenos Aires. Vive en Caseros, provincia de Buenos Aires. *Cometierra* es su primera novela.

Luciana Sánchez (abogada)

Es militante lesbiana, feminista y kirchnerista. Estudió abogacía en la UBA para dedicarse profesionalmente al derecho penal. Fue parte del Consejo Nacional de las Mujeres; entre 2013 y 2015 coordinó el programa de Escuelas Populares de Formación en Género. En 2015 comenzó a desarrollar desde el CNM en conjunto con la Secretaría de DDHH de la Nación la participación del Estado como amicus curiae en casos de femicidios y travesticidios. Durante 2016 y 2017 representó a la querrela familiar en el travesticidio de Diana Sacayán. Trabaja junto a OTRANS en acciones legales contra la criminalización y muertes de mujeres trans y travestis migrantes en La Plata.

Se terminó de imprimir en los meses
de noviembre y diciembre de 2021
en los talleres gráficos de Arcángel Maggio,
calle Lafayette 1695, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.



LIBROS Y CASAS

Los mundos que habitamos

Historias de mujeres y diversidades

Desde el 2015, cuando en Argentina se gestó el Ni Una Menos que luego contagiamos a todo el mundo, habitamos el feminismo, ese lugar incómodo que nos despierta a entender la vida cotidiana de una manera nueva. Vemos con otros ojos lo que nos pasa. Eso reflejan las historias de este libro: la de la primera mujer en trabajar en una mina, la de Cazzu, la piba de Jujuy que nos hace feliz con su trap, la de las madres que piden el derecho al parto respetado, la de lxs hijxs que buscan a su familia biológica, la de las que salieron a la calle para que el aborto sea ley, las que acompañan a sus hijxs que eligen la transición de género, las que son víctimas del lesboodio y la de las que ya no están. Nos toca poner el cuerpo a veces más allá de lo posible y de lo digno. Pero nos mueve el deseo. La potencia está en los espacios que ocupamos y en el hilo rojo que nos permite sentirnos cerca pese a pertenecer a distintas generaciones, barrios y experiencias.

ISBN 978-987-9915-25-6



9 789878 915258

librosycasas.cultura.gob.ar

Ministerio de Desarrollo
Territorial y Hábitat

Ministerio
de Educación

Ministerio
de Cultura



Argentina